

gracias ciertamente a la intervención de la Santísima Virgen, como saben los que últimamente estuvieron en Cova de Iría.

La autoridad civil, después de un largo interrogatorio a los niños, en sus casas, los hizo venir a la mía a título de recoger informaciones más verídicas, para que le descubrieran un secreto, que a nadie habían revelado. Luego, en el momento que más oportuno le pareció, les mandó subir al carruaje y, diciendo a sus padres y a los circunstantes que se los llevaba al lugar de las apariciones, partió a toda prisa para Vila Nova de Ourem.

¿Con qué fines escogió mi casa para ejecutar su ardid?

¿Para librarse de las consecuencias que su actitud iba a provocar?

¿Para que el pueblo se amotinara, como se motinó, contra mí, como cómplice de tal hecho?

¿Por otros fines?

No lo sé. Lo que sé es que declino toda responsabilidad que tal modo de proceder entrañe. Dios siempre vela por lo suyos.

A las obras de Dios no hay poder que pueda ponerles trabas.

No fueron necesarios los niños, dicen millares de testigos de lo por todos ellos visto hoy, día 13 de este mes de agosto, para que la Reina de los Angeles revelase su poder. Esas mismas personas están atestiguando los hechos extraordinarios, los fenómenos sobrenaturales, de que dan fe.

Ya no son tres niños de siete a once años; son millares de personas de todas las edades y condiciones, venidas de los diferentes puntos del país, las que atestiguan los hechos extraordinarios de Fátima.

Si mi ausencia del lugar de las apariciones se hace sentir en los creyentes, no menos se haría sentir mi presencia en los incrédulos, con menoscabo de la verdad de los hechos.

La Virgen María no necesita de la presencia del Párroco para mostrar su bondad; y es necesario que los enemigos de la Religión no puedan deslucir el brillo de su Benevolencia, atribuyendo la creencia de los pueblos a la presencia o consejo del Párroco, porque la fe es un don de Dios y no de los Sacerdotes. He aquí el verdadero motivo de mi ausencia y aparente indiferencia en tan sublime y maravilloso asunto; he aquí porqué no he dado mi parecer en respuesta a mil preguntas y cartas que se me han dirigido.

El enemigo no duerme. Ruge como un león.

No fueron los Apóstoles los primeros que anunciaron la Resu-

rrección del Hijo de la Virgen.

Me abstengo de hacer la narración de los fenómenos que se han verificado en el lugar de las Apariciones, porque ésta va ya larga, de lo que le suplico me dispense, y porque es de suponer que cuando esta carta llegue al público por medio de la prensa, ya ésta se habrá hecho eco de los mismos.

Créame, Sr. Director, muy agradecido de antemano a la publicación de este mi informe en el periódico de su digna Dirección:

P. Manuel Marqués Ferreira.”

Con la publicación de esta carta quedaba naturalmente más patente a todos la felonía del latero, pues, como todos podían ver, sólo él tendría que cargar con la responsabilidad del rapto y del tormento moral de los pastorcitos, como también con las hipócritas y transparentes intenciones de complicar a la autoridad eclesiástica local en tan repugnante y peligroso asunto.

¿Cómo podrá librarse él de las iras del pueblo?

Ante todo será cuestión de soltar la presa, o de dejar libres a los niños para que puedan volver pacíficamente a sus hogares, cuanto antes se lo permitan los últimos y desesperados sondeos que en los mismos pretenda quizás verificar.

En segundo lugar, tendrá buen cuidado de soltarlos en la Casa Parroquial, de donde los había sustraído antes, para ver de diluir su responsabilidad personal en la del Párroco, y de hacerlo en día festivo durante la Misa, para que al salir la gente del templo todos puedan comprobar su libertad.

En tercer lugar, procurará que el público le vea conversando amigablemente con Marto, padre de dos de los niños del infeliz secuestro.

Dejemos narrar sencillamente a este buen aldeano su final desenlace: El día de la Asunción de Nuestra Señora, al salir de Misa, me preguntaron qué noticias tenía de mis hijos.

—No sé nada de ellos, tuve que contestar con honda pena. Tal vez los hayan llevado para Santarem... ¡Quién sabe por dónde andan...! El mismo día que los llevaron fue allá mi ahijado Antonio con otros chicos y dijeron que los habían visto jugando en la terraza del señor Alcalde... Estas han sido las últimas noticias. Desde entonces no he vuelto a saber nada más de ellos.

Acababa de decir estas palabras, prosigue, cuando oigo una voz: Tío Marto, ¡mire que los niños están en la terraza del Sr. Cura!...

No sé lo que tardaría en ponerme allá arriba y lanzarme a mi Jacinta. Me la puse en brazos. Yo no podía hablar... Las lágrimas caían de cuatro en cuatro; hasta la carita de la niña quedó mojada. Francisco y Lucía corrieron también a decirme: Padre, tío, ¡deme su bendición!...

Se presentó entonces el oficialillo, hombre que anda siempre al servicio del Alcalde; temblaba como no he visto nunca temblar a nadie.

Ahí tiene a sus pequeños, me dijo.

Dios entonces me dió fuerza para poder hablar y no me pude contener: Esto, dije, podía haber dado mal resultado, y no lo ha dado. Querían que dijeran lo contrario de lo que ellos creen han de decir, pero no fueron capaces de convencerles; y aunque los hubiesen convencido, somos ahora millares los que sabemos lo que hay sobre el particular.

Se oyó entonces un alboroto en el pórtico: manos al aire..., palos levantados..., tanto barullo que nadie lo entendía. El Sr. Cura, que estaba en la Iglesia, al dirigirse a su Casa, pensando que era yo el que armaba el motín, me dijo:

Sr. Manuel, ¡me está usted escandalizando!

Pero yo también supe qué contestarle, y él se fue para dentro. Llegué a las escaleras, siempre con la pequeña en brazos, y vuelto a la gente, dije:

¡Eh, muchachos, a portarse bien!... Algunos de vosotros gritan contra el Sr. Cura, otros contra el Alcalde, otros contra el Regidor.

Aquí nadie tiene la culpa. La culpa la tienen mis creencias, y todo esto es permitido por el poder de lo Alto.

Muy bien habló el Sr. Marto, gritaron algunos.

El Sr. Cura, que lo oyó, añadió por su cuenta: Ha dicho muy bien el Sr. Marto.

En esto llegó el Alcalde, que salía de la taberna, y vino a mí diciéndome:

¡Déjese de esto, Sr. Marto!

¡Está bien!... ¡Está bien!..., le contesté. No hay novedad, ¡aunque pudo haberla habido!

Dirigióse entonces él al despacho del Sr. Cura, que por todo saludo oí le supo decir muy oportunamente: Sr. Alcalde, la Religión también es necesaria.

Cuando al salir de hablar con el Sr. Cura, se dirigió otra vez a mí para decirme: Sr. Marto, acompáñeme a echar una copa.

—No, gracias.

Pero vi abajo un grupo de muchachos, ya de edad mayor, armados con gruesos palos, y me dio qué pensar. Pueden querer habérselas con el Alcalde, y ¡más vale que las cosas acaben bien!

Me puse a su lado y le dije:

Sr. Alcalde, respecto a su ofrecimiento, tal vez convenga que lo acepte.

—Muchísimas gracias, respondió satisfecho.

Estaba viendo la mala partida que trataban de hacerle. ¡Se veía ya con las costillas calientes...!

Al pasar por delante de los muchachos armados me dijo: puede preguntar a los niños si los hemos tratado mal. A mí me lo decía para que lo oyeran los jóvenes del palo.

— ¡Está bien, está bien, Sr. Alcalde! No hay duda, respondí. El pueblo tiene más interés que yo en hacer preguntas.

En esto bajaron también los niños y, sin pérdida de tiempo, se encaminaron para Cova de Iría, diciendo que iban allá a rezar. La gente del atrio comenzó también poco a poco a retirarse, y nosotros entramos en la taberna. Nos metimos en una salita y él mandó traer pan, vino y queso.

Tuvimos una conversación tonta, sin interés alguno, hasta que él salió queriendo convencerme de que los niños le habían contado el secreto. Entonces yo le respondí sin alterarme:

— ¡Está bien! ¡Está bien! No lo han contado ni al padre, ni a la madre ¡y se lo van a contar al Sr. Alcalde!

Cuando salimos de la taberna, estaba el carro en la puerta; le despedí, pero como tenía que ir al correo, que está en el camino de Vila, me obligó a tomar asiento en su carricoche, a pesar de estar tan cerca, y no faltó quien dijera:

“El tío Marto habrá hablado de más y el latero se lo lleva preso”.

¡En cuán débil parapeto tuvo que salvar su vida el que más denodadamente luchó contra las revelaciones de la Santísima Virgen!: en un simulacro de amistad con un pobre aldeano, de cuya bondad supo abusar no poco. Esto de tejas abajo, que hacia más arriba no tendía su vista.

Con todo, si sus ideas antirreligiosas no hubiesen obcecado su mente, hubiera podido reconocer que su mejor salvavidas estuvo precisamente en lo que él tanto combatía: en que los extraordinarios y maravillosos sucesos del 13 de aquel mismo mes de agosto

apaciguaron no poco los ánimos, es decir, en la protección de la Santísima Virgen, que no permitió se manchara con sangre de justos ni de pecadores ninguno de los bellos cuadros de sus Apariciones.

Unos días más tarde la misma celestial Madre alejará por sí misma de nuevo todo posible resquemor y consiguiente peligro con una nueva manifestación de las bondades que su Corazón encierra a favor nuestro, apareciéndose de nuevo a los pastorcitos para hacerles participantes de lo que para ellos especialmente contenía la aparición del 13 de aquel mes, frustrada para ellos en aquel día por la malicia humana, que no podrá prevalecer tampoco en los humildes videntes sobre el poder, ni sobre la misericordia del Corazón de la Reina del Cielo.

Nuestro siglo ha sufrido y tolerado en silencio abusos y extralimitaciones que muy en pequeño podrían estar representados y hasta quizás augurados en el secuestro y encarcelamiento de los pastorcitos de Fátima. ¡Cuántos inocentes encarcelados, o forzados a huir del hogar paterno hacia campos de concentración y esclavitud! ¡Cuán largo y peligroso muro de separación entre hermanos y entre moradores de unas mismas calles en el corazón de Europa! ¡Cuántas Diócesis, Parroquias y hasta naciones sujetas en todo a autoridades, llamadas totalitarias, que sin Dios y sin conciencia pueden subyugarlas desde donde sea y como se les antoje!

Pero como para los pastorcitos de la Virgen hubo un día de la Asunción, que les dejó abierto el camino del hogar y el de su cielo en la tierra, que tenían en la nava de Iría, es de confiar que para otros muchos tiene deparados la celestial Madre días y oportunidades semejantes, mientras con amor se la busque por los caminos que Ella misma a favor de todos ha abierto en Fátima, en estelas de oración y de expiación de extravíos propios y ajenos.

Muy grave castigo del cielo merecía la conducta del Alcalde raptor de niños.

Y se libró de él, como acabamos de ver, por la protección de la celestial Madre.

Mucho más serio es el que merece el mundo de hoy.

¿Descargará por fin?

Oigamos la voz de Fátima y no dejemos de confiar ni de orar:
Dios ha puesto la paz del mundo en el Corazón Inmaculado de María.

LOS PRIMEROS FULGORES DEL NUEVO CULTO

El regreso de los niños de su inicuo cautiverio volvió la paz y la alegría a sus familiares y a otros muchos, que iban dando fe a sus palabras, sobre todo a las numerosas personas que en julio y agosto habían acudido al lugar de las Apariciones y habían sido allí testigos de maravillosos fenómenos a todos manifiestos.

Algunos pocos, como María Carreira y su hijo Juan, ya en el mes de junio habían podido comprobar, aunque con menos claridad que en los meses siguientes, que algo extraordinario pasaba en Cova de Iría los días trece. Su creciente fe en la verdad de las Apariciones suscitó en la madre y en el hijo la idea de poner en el mes de agosto una mesita con flores silvestres junto a la encinita que servía de pedestal a la Reina del cielo en sus periódicos y maravillosos descensos a aquel lugar.

Aunque no tuviera aquello visos ni intenciones de mesa petitoria, sino sólo de rudimentaria mesa de altar, sirvió muy pronto de una y otra cosa y de despertador de las primeras ideas de una posible Capillita en honor de la Santísima Virgen. Junto a los rústicos ramos de flores naturales de la humilde mesita empezaron a afluir pronto pequeñas limosnas, con que los circunstantes manifestaban su amor y agradecimiento a la celestial Madre y sus deseos de cooperar los primeros al culto que allí pudiera iniciarse, y hasta quizás de manifestarse pacíficamente del modo posible contra las intrigas y maquinaciones sectarias del Sr. Alcalde contra los inocentes pastorcitos, tan pronto como de ellas se tuvo allí noticia...

Pero dejemos que la autora de tan sencillo y primitivo altar nos cuente por sí misma los agradulces recuerdos que su original iniciativa había de dejar en su vida:

“Apenas se supo en Cova de Iría el día 13 de agosto, refiere María Carreira, que los niños habían sido detenidos y se vieron aquellas señales del cielo, fue un caer el dinero sobre la mesa, que a nadie antes se le había ocurrido. Se juntó la gente alrededor de la mesa discutiendo contra el Alcalde, contra el Sr. Cura y no sé cuántos más... y golpe por acá, golpe por allá, todo vino a parar en tierra. Entonces empezaron a gritarme: ¡Recoja el dinero, mujer!

¡Tome cuenta de ello! ¡Que no se pierda nada!

Yo cogí el saquillo, donde llevaba la comida y comencé a meter en él el dinero.

Por la tarde, cuando ya había poca gente, vi pasar por allí al hijo mayor de Olimpia, Antonio; le llamé y le dije: haz el favor de venir.

Vino, pero cuando vio de qué se trataba, se fue sin decir palabra.

Llevé entonces el dinero a casa. Lo contamos. Eran, si mal no recuerdo, trece mil cuarenta reis. Nos hallábamos en tiempos de los reis y de los vintems (moneda de cobre equivalente ésta a dos centavos).

Por eso el día 14 dije a mi marido que era mejor fuéramos los dos a llevar el dinero a casa del tío Marto.

Cuando llegamos allí encontramos a la Sra. María Rosa, al Sr. Cura y a Manuel. Estuve hasta descortés, pues fui a dar el dinero al Sr. Marto, en vez de entregárselo al Párroco. Pero el padre de Jacinta de ningún modo quiso aceptarlo.

Lo presenté entonces a la madre de Lucía. Pero ella, muy molestada, me dijo: ¡Dios me libre! ¡Tampoco yo lo quiero!

Yo ya no estaba en mí y me volví al Sr. Cura. Mas él lo rehusó también decididamente. Nadie quería cargar con el dinero. Parecía maldito.

Me puse furiosa. Pues tampoco es mío, les dije yo; voy a dejarlo donde lo encontré; que lo coja quien quiera

Entonces el Sr. Cura me dijo: ¡No haga eso, mujer! Guárdelo o entréguelo a alguien, hasta que se vea en qué para todo esto.

Días después se me presentaron cuatro hombres a pedirme el dinero para comenzar a construir una Capilla. Les respondí que no les entregaba ni un vintem. Pero después pensé que había hecho mal en contestar así, sin saber el parecer del Sr. Párroco.

—Yo no quiero saber nada de eso, me dijo éste, cuando se lo fui a preguntar; yo tampoco se lo hubiera dado; pero haga Vd. lo que quiera. Proceda como hasta ahora.

Y el lío continuaba. A quien quería yo confiar el dinero no lo quería aceptar; a quien me lo pedía yo no me atrevía a dárselo.

Llegó entre tanto el 19 de agosto, domingo, y fui a Misa primera.

Terminada la Misa, vi al padre de Lucía en el pórtico y a la niña, que jugaba por allí. Me dirigí a él para decirle: Me consta que

está Vd. molesto porque he cogido flores en su propiedad de Cova de Iría. Venía a pedirle permiso para continuar haciéndolo.

Y él me respondió: Coja las flores que quiera. Lo que no admito es que haga altares en mi terreno, que ya alguien me lo pidió y no se lo permití, por más que me lo pidió. A mí me habían dicho que la Señora, que allí dicen se aparece, dio ocasión a que se cogiera dinero arrojado en mi propiedad. Pero yo no lo quiero.

—Tampoco yo lo quiero, le respondí.

—Entonces ¿qué va a hacer Vd. con él?

—No lo sé. Mandaré celebrar Misas por las intenciones de los donantes.

Entonces me vino al pensamiento de pedir a Lucía que preguntase a Nuestra Señora qué quería que se hiciese con el dinero.

—Sí, respondió la niña, esté Vd. tranquila. El día 13 del mes de septiembre he de preguntárselo.

Entonces sí que se me quitó un peso de encima.

La respuesta, efectivamente, no se hizo esperar mucho. Aquel mismo día, después de la inesperada aparición del 19 de agosto, Lucía podía comunicar a María Carreira la voluntad de Nuestra Señora, que hasta se había dignado fijar los detalles de los primeros fulgores del culto, que allí pronto iba a empezar: Con el dinero recogido debían comprarse dos andas, una de las cuales debía ser llevada por Lucía y Jacinta y otras dos niñas vestidas de blanco, y la otra por Francisco y otros tres niños vestidos igualmente de blanco. El dinero recogido en las andas sería para la fiesta de Nuestra Señora del Rosario.

Con todo, María Carreira no quedó del todo satisfecha.

Lucía, yo tengo pena de que el dinero no se emplee en hacer aquí una Capilla. ¿Qué te parece?

—También yo lo siento. Pero Nuestra Señora ha mandado lo que he dicho, y ha de hacerse lo que ella manda.

—Oye, Lucía, cuando vuelva Nuestra Señora, el 13 de septiembre, pídele que se haga aquí una Capilla.

¡Cuán admirables son las trazas de Dios!

Tales fueron los primeros, al parecer insignificantes, destellos de la nueva Pentecostés de nuestros días, destinada, como la primera, a renovar la faz de la tierra, y la primera idea del grandioso Templo que sería calificado de Santuario del mundo.

A lo que parece, en las dos andas llevadas por niños y niñas vestidos de blanco, nos quiso dar también un símbolo y profético

esbozo de sus futuras andanzas maternas por el ancho mundo por medio de sus imágenes peregrinas, rodeadas indefectiblemente en todas partes por el cortejo de palomas, símbolo a su vez de otro mucho más numeroso y mucho máspreciado de almas que le siguen con blancos de inocencia conservada desde las fuentes bautismales, o reparada siquiera por medio de la oportuna penitencia, o que en multiplicadas y variadas pléyades vuelan ahora a la continua de todas partes hacia su Santuario.

Fátima es ante todo, movimiento y peregrinación: de Fátima hacia el mundo y del mundo hacia Fátima. Las peregrinaciones levantarán y sostendrán el templo, con tal que la primera preocupación de sus organizadores sea siempre la blancura del alma.

XXIII

QUINTA APARICION, SEGUNDA DE AGOSTO. DESPUES DE LOS EXAMENES EL PREMIO

Dios permite a las veces el triunfo parcial del mal sobre el bien, pero no su victoria total y definitiva.

Del triunfo parcial de sus enemigos suele reportar Dios grandes bienes. En nuestro caso cooperó a que los humildes pastorcitos, a quienes la Santísima Virgen había prometido el cielo y que habían de ser en la tierra portaestandartes de su devoción cordimariana, se fueran ejercitando en muy heroicos actos de virtud, que indudablemente habían de servirles para adelantar no poco en las vías del espíritu y para que más tarde la historia pudiera admirar la eficacia de la protección mariana sobre ellos y la entereza de ánimo que, a pesar de sus pocos años, logró darles para guardar intacto el secreto que se había dignado confiarles.

A 13 de agosto de 1917 permitió el Señor que el Alcalde de Villa Nova de Ourem pudiera vanagloriarse de haber imposibilitado a tres niños analfabetos acudir a una sobrenatural cita. Pero ¿cómo hubiera podido impedir que la Reina del cielo, con sus confidentes o sin ellos, manifestara su presencia en el lugar de las Apariciones, o en donde quisiera, o que se les pudiera aparecer particularmente a ellos en cualquier lugar?

Era el 19 de aquel mismo mes. Jacinta aquel día se había quedado en casa. Lucía estaba apacentando el ganado en los Valiños con Francisco y su hermano Juan.

Hacia las cuatro de la tarde ella y sus compañeros de pastoreo empezaron a notar las alteraciones atmosféricas que solían preceder a las Apariciones de Cova de Iría: un palidecer de la luz solar, un apacible refrigerio en la temperatura y el característico relámpago.

— *¡Allá viene Nuestra Señora!* pensó para sí. *¡Y Jacinta no está aquí!*

— *Juan, grita a su primo, vete corriendo a buscar a Jacinta, que viene Nuestra Señora.*

Pero al chiquillo le parecía mejor aprovechar tan buena coyuntura para recibir él la visita de la Reina del cielo. ¿Por qué había de ser él menos afortunado que sus hermanitos menores?

— *Vete corriendo, Juan, y te doy dos vintenes, si traes enseguida a Jacinta. Toma ahora uno, y el otro a la vuelta.*

El muchacho coge el vintem y parte volando. A los pocos minutos ya está en su casa y dice a su madre: *Mamá, dice Lucía que quiere que vaya allá Jacinta.*

— *¿No han de venir los tres aquí?*, contesta Olimpia malhumorada. *¿No puede estar el Cura sin el sacristán?*

— *¡Déjela ir, mamá, que ha de estar allí!...*

— *¿Que tiene que estar allí? ¿Para qué? ¡A decírmelo!*

— *Mire que Lucía hasta me ha dado un vintem para que la lleve allá.*

— *¿Un vintem? Ahora sí que quiero saber para qué quiere allí a Jacinta.*

El pobre chiquillo no tuvo más remedio que desembuchar lo que quería callar:

— *Es que Lucía ya ha visto las señales de que Nuestra Señora se va a aparecer y quiere que Jacinta vaya allá corriendo.*

— *Pues que vaya con Dios. Jacinta está en casa de la madrina.*

En cuanto Juan supo el paradero de su hermanita corrió como una exhalación al lugar indicado, le habló cuatro palabras al oído, que comunicaron a la chiquilla más nerviosismo del que él mismo llevaba en el cuerpo, e inmediatamente empezaron a correr los dos hacia los Valiños, en deseos y esperanza de gozar unos momentos de cielo.

Apenas hubieron llegado allí los dos hermanitos, brilló un segundo relámpago, contenido más largo rato que otras veces, en espera de la tierna heroína de siete años, y la divina Madre se dejó ver por cuarta vez de los tres pastorcitos sobre una encina un poco mayor que la de Cova de Iría; no, empero, de Juan, que en los inescrutables juicios de Dios no estaba llamado a formar parte del trinomio de los videntes de Fátima.

—*¿Qué queréis de mí?*, preguntó una vez más Lucía tan pronto como gozó de nuevo de la presencia de la celestial Madre.

—*Quiero que continuéis yendo a Cova de Iría el día 13 y que sigáis rezando el Rosario todos los días.*

—*Quería pedirlos de nuevo que hagáis un milagro para que todos crean.*

—*Sí. El 13 del mes de octubre haré un milagro para que todos crean en mis Apariciones. Si no os hubiesen llevado a Villa Nova de Ourem, el milagro sería más grandioso. Vendrá San José con el Niño Jesús para dar la paz al mundo. Vendrá además Nuestro Señor para bendecir al pueblo y también Nuestra Señora del Rosario y Nuestra Señora de los Dolores.*

Entonces se acordó Lucía del encargo de María Carreira: *¿Qué hay que hacer del dinero y de las limosnas que el pueblo deja en Cova de Iría?*

—*Háganse dos andas: una la llevas tú con Jacinta y otras dos niñas vestidas de blanco. La otra que la lleve Francisco con otros tres niños también con vestidos blancos. El dinero de las andas es para la fiesta de Nuestra Señora del Rosario.*

La niña se acordó también de algunos enfermos, y por ellos le pidió la salud.

Sí, algunos curarán dentro del año, le contestó la Señora.

Tomando luego un aspecto muy triste, continuó: *Rezad, rezad mucho y haced muchos sacrificios por los pecadores, pues van muchas almas al infierno, por no haber quien se sacrifique y ruegue por ellas.*

En seguida se despidió de sus afortunados videntes y empezó a elevarse como de costumbre hacia el Oriente, dejando en su alma una gran nostalgia del cielo y en sus tiernos corazones una verdadera hambre de nuevos sacrificios para consolar con ellos a Jesús, desagraviar al Inmaculado Corazón de su celestial Madre y alcanzar la conversión de los pecadores; con el inefable consuelo de ver que no se habían frustrado sus ardientes deseos de contemplar a Nues-

tra Señora en aquél mes, a pesar de que entonces sólo para septiembre y octubre esperaban poder gozar de nuevo tanta dicha.

¿Cómo podía permitir la divina Madre que de las siete revelaciones cordimarianas de Fátima quedara definitivamente frustrada o sombreada siquiera por el mal, precisamente la de agosto, mes que la piedad popular iba dedicando por entonces anualmente al culto de su Inmaculado Corazón a cuya Fiesta, años más tarde, Pío XII dedicaría el 22 de Agosto?

Muy al contrario, en este mes bajaría hasta dos veces del cielo: una el día 13 para todos los reunidos en Cova de Iría, y otra el 19 para sus pastorcitos. A los primeros traería una buena prueba de la verdad de sus Apariciones, aunque no tan extraordinariamente grande como la que tiene reservada para el 13 de octubre, y a los segundos el consuelo de ver que son cada vez más y que se han de contar a millares los que creen en la verdad y en la sobrenaturalidad de los hechos de Fátima, y que entre ellos están todos sus familiares —también los padres de Lucía— y hasta el Sr. Cura Párroco. Y ¡qué dulce placer el de poder saborear un anticipo de la ya próxima Aparición de octubre y del milagro que ha de coronarla, que en líneas generales, pero sumamente atractivas y fascinadoras, ya en agosto les describe la celestial Madre de palabra y con hechos en el eclipse parcial del sol, etc.!

Los afortunados chiquillos, que en Cova de Iría veían con pena que los devotos deshojasen la encina de las Apariciones, ahora en los Valiños cortaron ellos mismos las ramitas, sobre las que la Reina de los Angeles acababa de posar sus virginales plantas. Evidentemente guiaba sus pasos la inspiración divina. ¿Qué diferencia podían naturalmente ver ellos entre los dos rústicos arbolitos? No obstante, en los designios de la Providencia el primero, y no el segundo, habría de servir más tarde a ingentes muchedumbres de despertador y memorial de las misericordias de María, porque junto a aquél, y no a éste, se había de levantar el Santuario de la nueva advocación mariana.

Francisco y Jacinta dejaron a Juan y a Lucía el cuidado del rebaño y volvieron triunfantes a su casa a hacer participantes a sus padres de la dicha que embargaba sus corazones. Llevaban en las manos los ramitos sobre los que acababa de posarse la celeste visión y que habían de servirles a ellos de reliquia, de dulce recuerdo y de trofeo de su suerte.

Antes de llegar a su casa, al pasar por delante de la de Lucía, se

encontraron con María Rosa y su hija mayor, María de los Angeles, que estaban en el umbral conversando con otras personas.

“Jacinta, toda alborozada, refiere María de los Angeles, dijo a mi madre:

— ¡Tía, hemos visto otra vez a Nuestra Señora en los Valiños!

— ¡Ay, Jacinta, siempre me saldréis con mentiras! ¿Se os va a aparecer en todas partes?

— ¡Pues, la hemos visto!, insistía la pequeña, y mostrando a mi madre el manojo de ramas, que traía en la mano, continuó:

— Mira, tía; ¡Nuestra Señora ha puesto un pie en esta ramita y el otro en ésta!

— ¡Dámela, déjamela ver!

Jacinta se la dio y mi madre se la llevó a la nariz.

— Pero ¿a qué huele esto? Y seguía aplicándolo al olfato. No es perfume..., no es incienso..., no es jaboneta..., no es olor de rosa..., ni nada que yo conozca. Pero ¡qué olor tan agradable!

Todos quisimos olerlo y todos lo encontramos muy placentero.

Por fin mi madre lo puso sobre la mesa diciendo: que se quede aquí; siempre habrá quien sepa decirme a qué huele el ramo.

Pero por la noche ya no estaba allí. No supimos qué camino había llevado. Parece que desde entonces la madre comenzó a confiar, y a mostrarse también el padre menos contrario a Lucía; cuando nosotras, las hermanas, nos reíamos de ella, decía él que la dejáramos en paz, porque podía ser verdad lo que ella decía.

El 13 de octubre, cuando Lucía dijo: ¡ya va, ya va Nuestra Señora!, la madre sintió el mismo olor”.

En la desaparición del prodigioso ramo no había ningún misterio. Jacinta, que entraba en casa de sus tíos con la misma libertad que en la propia, se lo había llevado para enseñarlo a sus padres y hermanos, que también pudieron gozar de aquel suave aroma, hasta que al declinar del día desapareció.

No fue este ramito, pedestal de la Virgen, la única prueba de la verdad de las Apariciones que entró aquel día por las puertas de la casa de María Rosa. Otra hija suya, llamada Teresa, volviendo con su marido de una pequeña excursión, observó con él hacia las cuatro de la tarde los mismos fenómenos atmosféricos que habían acompañado la Aparición del día 13 en Cova de Iría. Dejemos que ella misma nos los refiera: “Íbamos a entrar en Fátima, de vuelta de los Valiños, cuando comenzamos a notar que el aire refrescaba,

que el sol tomaba un color amarillento, disminuyendo notablemente su luz y su calor y que se ponían en todo muchos colores, lo mismo que se vio el día 13 en la vertiente de Iría.

—¿Qué es esto...? ¡Aquí hay algún misterio!, dije a mi marido. En su camisa blanca y en todo comencé a ver aquellos variados colores.

—Pues ¿qué?, me preguntó él: ¿No lo ves todo como el día 13? Cuando llegamos a la Iglesia, todo se desvaneció.

Más tarde supimos que en aquella misma hora Nuestra Señora se había vuelto a aparecer a los niños en los Valiños”.

Por unas y otras cosas de estas circunstancias y por lo visto antes en Cova de Iría, Lucía iba a encontrar en adelante ambiente mucho más propicio en su casa.

La divina Madre quiso premiarle a ella y a sus dos primitos, que la suerte de uno era dicha de todos, la fidelidad con que habían sabido guardar el secreto que les había confiado, hasta sufrir y superar con él la heroica prueba del martirio moral, que para su mayor bien les había permitido.

Lo único que les agüó un poco la dicha que inundaba sus corazones, fue la predicción de que por causa de su rapto y encarcelamiento, el milagro del 13 de octubre no tendría la grandiosidad que sin tal crimen hubiese tenido. Con esto era de confiar que la celestial Madre les libraría también por entonces de tener que pasar por nuevos desmanes del poder civil.

XXIV

FATIMA Y LA MORAL SOCIAL

Sencilla, fundamental y polifacética a la vez, es la doctrina que la Reina del cielo se dignó enseñar en la vertiente de Iría a sus pequeños y heroicos discípulos.

En la quinta de sus apariciones destaca una advertencia de Moral Social, que no nos es posible silenciar, porque forma parte de sus maternales instrucciones y es al mismo tiempo clave que revela y pone en claro el contenido de otras páginas de su celestial Mensaje, que el mundo actual parece empeñado en mantener inéditas.

En estas revelaciones dio a sus videntes un diseño verbal y otro simbólico del milagro que tenía dispuesto para el 13 de octubre, advirtiéndoles que por los abusos del que seis días antes les había impedido acudir a Cova de Iría, no sería este prodigio tan grandioso como habría sido si no hubiese mediado tan lamentable y abusivo incidente.

Si la celestial Madre, en vez de hacer esta maternal observación a los pastorcitos el día 19 de agosto, la hubiese hecho el 13 anterior a la multitud, que por Ella acudió al lugar de sus Apariciones y gozó allí de las señales de su presencia, a buen seguro que no habrían faltado voces que se hubiesen atrevido a replicar: Pero, Señora y Madre nuestra, si todos estamos aquí contra de nuestro Alcalde...; si nadie aprueba su conducta... ¿Qué culpa tenemos nosotros en sus excentricidades e intrigas?

Este era sin duda entonces el sentir de aquella ingente multitud. Bien claro lo decían los gritos de indignación que salían de su pecho y que repercutían a varios kilómetros de distancia y los gestos no menos expresivos de sus manos y de sus puños.

Pero ¿a qué se debía que las riendas del gobierno estuvieran entonces en Portugal en manos de hombres descreídos, a estilo del que mandaba a su talante en Villa Nueva de Ourem? ¿Hubieran podido llegar ellos al poder sin el voto de los católicos, allí también entonces en mayoría, o por lo menos sin explotar otros su abstencionismo en días de elecciones? ¿Cuántas lágrimas ha tenido que derramar la Iglesia en Portugal y en otras partes, a causa de muchos de sus hijos, cristianos demediados, que creen deberse a Dios en la vida privada, pero no en la pública; en la Misa y en el comulgatorio, pero no en las urnas, en las diversiones, ni en la calle! Ellos son responsables indirectos y quizás hasta inconscientes, pero eficaces, de muchas leyes dictadas por hombres ateos y libertinos.

¿Qué tiene de extraño que Dios tenga que castigarles? Lo que muchas veces tendríamos que admirar y agradecer todos es la suavidad del castigo, como en este mismo caso, en que la Santísima Virgen se limitó a disminuir y amortiguar en lo que fuera la grandiosidad de un milagro, que a nadie debía, y que, a pesar de todo, resultó extraordinariamente grande.

Años más tarde, en cambio, la misma celestial Madre obtendrá gracias muy halagüeñas para la patria de sus tiernos videntes, en premio de la muy digna actuación pública de los representantes de

Dios en la tierra. Recordemos como se expresaba Lucía en carta dirigida al Sumo Pontífice a principios de la segunda guerra mundial: “Nuestro Señor promete, en atención a la consagración que los Rvdmos. Prelados portugueses hicieron de la nación al Inmaculado Corazón de María, una protección especial a nuestra patria durante esta guerra y que esta protección será la prueba de las gracias que concedería a las otras naciones, si como ella le hubiesen sido consagradas.

Sabido es que tanto Alemania como sus enemigos procuraron arrastrar a España a favor suyo en aquel conflicto, el mayor que hasta ahora ha sufrido el mundo, con lo que fácilmente habría sucumbido Portugal, arrastrado por nuestro infortunio. Pero providencialmente las dos naciones se libraron del terrible castigo, reservado, en expresión de la vidente de Fátima, a *las naciones culpables*. Así habla la Hna. Lucía al Sr. Obispo de Leiría, en carta de 31 de agosto de 1941, como antes vimos.

Ni España, ni Portugal merecían entonces este calificativo. En ambas habían superado ya felizmente su tiempo de prueba y formaban ya, o iban concretando cada día mejor, lo que antes hemos llamado el Gibraltar de la Virgen.

Pero si todo en Fátima es corrección y reproche de la teoría de los que creen que se puede o se debe demediar al hombre entre la vida privada y la pública, dejando la primera, si bien parece, al servicio de Dios, o de los ideales privativos y personales de cada uno, y despojando a la segunda de toda idea y práctica religiosa. En Fátima se destaca bien a las claras que naciones enteras reciben como tales premio o castigo, según sus obras; premio a las veces tan grande como la paz y prosperidad nacional, y castigos tan duros y ejemplares como los que deja suponer el aniquilamiento nacional, o el verse por más o menos tiempo bajo la dominación extranjera.

Hace ya más de medio siglo que con maternal solicitud nos lo anunció la celestial Señora allí aparecida, aunque sus palabras estén todavía por llegar a oídos de muchos, que necesitan escucharlas y meditarlas atentamente: *La guerra va a terminar, pero si no dejan de ofender a Dios, en el Pontificado de Pío XI empezará otra peor...* Mucho peor que la de entonces fue la que siguió, peor no sólo en su desarrollo bélico, sino también en sus numerosos, mundiales y al parecer interminables corolarios de guerra fría, aunque salpicada acá y acullá con frecuentes intervalos de calor bélico,

también en cumplimiento exacto de las palabras de la Reina del Mundo y de su historia: *Si atienden mi ruego Rusia se convertirá. Si no, esparcirá sus errores por el mundo promoviendo guerras y persecuciones contra la Iglesia, exterminios nacionales...*

Pero, a pesar de todo, nos ha dicho repetidas veces que Dios ha puesto en sus maternales manos la suerte final de este universal debate entre el bien y el mal. Por esto nos puede prometer y efectivamente nos tiene asegurado el triunfo final de su Inmaculado Corazón.

Si como, seguros del éxito, esperamos que esta paz y este triunfo cordimarianos un día han de iluminar al Mundo será indudablemente por las vías de la Moral Católica, tanto individual como social, que desde Fátima nuestra común Madre proyecta hoy sobre la humanidad por medio de su Corazón sin mancha, hecho para todos fuente de amor, de luz y de paz.

Por suerte, parece que el Mundo empieza a entenderlo así, aunque por ahora tan suaves sendas de amor materno se hallen ocultas en su máxima trayectoria bajo tinieblas de seculares errores, prejuicios, rutinariosismos.

Pero en tan densa noche brillan también estrellas encendidas y centelleantes en intensa luz de amor mariano, al par que de dogmatismo social y cristiano. Así, por ejemplo, las Asociaciones Latino-Europeas de la UNIPAC, Confederación Católica de Dirigentes de Empresa, antes de reunirse en su Congreso de Lisboa de 1960, pasaron unos días en Fátima, conscientes, escribían en “Dirigentes” de la trascendencia social del Mensaje de Nuestra Señora. El mundo de hoy, añaden con sobrada razón en esta su prensa, —y nosotros con él— necesita un reajuste de estructuras y precisa adecuarlas al espíritu de justicia que emana del Mensaje de Fátima. Es necesario que el espíritu de Fátima perdure en nuestras actitudes colectivas, no sólo como disposición de espíritu, sino como voluntad de obrar”. Así se expresan valientemente por medio de su órgano en la prensa, número 129, año 1960.

Este es ciertamente el camino de la verdadera paz y hermandad, a que Fátima orienta y por el que conduce a la humanidad en un mundo consagrado al Inmaculado Corazón de la que de todos es Reina y Madre. Contra las utopías materialistas y ateas del marxismo, las realidades espirituales y materiales de la Moral evangélica, llevadas a la vida práctica en todos los sectores de la sociedad.

SEXTA APARICION

La serie de contratiempos y peripecias que tuvieron que sufrir los pastorcitos en Vila Nova y el feliz coronamiento que por medio de una nueva Aparición les dio la Reina del Cielo en los Valiños acuciaron más y más sus deseos de contemplarla de nuevo. Esperaban con ansia el día 13 de septiembre, seguros de poder gozar en él momentos muy felices con la contemplación de la linda Señora de la vertiente de Iría.

Las burlas y diatribas de los que no les creían no habían terminado; pero sus punzantes heridas estaban sobrenaturalmente compensadas por el feliz éxito que los acontecimientos iban tomando bajo la bendición de Dios y su celestial Madre y por el número creciente de los que se iban convenciendo de que algo sobrenatural y prodigioso acontecía los días trece en la nava de Iría.

Después de los fenómenos observados el trece de agosto por una gran multitud de devotos y curiosos, era de prever otra afluencia de gentío, todavía mayor, para el mismo día del mes de septiembre.

Así efectivamente sucedió. Desde sus primeras horas todos los caminos que conducen a Fátima fueron ríos de gente de toda clase y condición, no menos que de carros y vehículos para todos los gustos.

Muchos tuvieron que pasar la noche al sereno por la distancia de su casa hasta aquel inhospitalario lugar y por su deseo de llegar a él antes que otros, con la esperanza de estar cerca de los videntes en los momentos de su sobrenatural enajenamiento.

El Clero que hasta entonces se había mantenido en una prudente reserva en espera de los acontecimientos, haría en este mes acto de presencia en el nuevo centro de atracción popular y de devoción a María. Entre la inmensa y abigarrada multitud se destacará acá y acullá el distintivo de algunos pocos trajes sacerdotales y el de bastantes seminaristas.

“Era el 13 de septiembre, escribe uno de éstos en carta al P. Marchi, Rector del Seminario de Misiones extranjeras de Fátima. Iban a terminar pronto las vacaciones de verano, y nosotros, los seminaristas de entonces, no queríamos en manera alguna vol-

ver al Seminario sin haber pisado un día 13 esa tierra de Fátima, de la que tanto se venía hablando en todas partes, pero sobre todo en las aldeas limítrofes.

Fuimos un grupo de cuatro o cinco, a pie, a ver lo que pasaba.

Fuimos y volvimos cansados, pero contentos.

Había en Fátima muchos seminaristas —cerca de treinta— de varios seminarios. No había por qué extrañarse; un mismo sentimiento los llevaba allí... Durante mucho rato anduvimos de piedra en piedra, saltando muros y matas, queriendo observar y comentar lo que teníamos delante.

Uno de los pocos Sacerdotes que vimos nos llamó y nos recomendó que no lo tomáramos en serio, que aquello podía ser cosa del diablo y que seguramente iba a resultar un gran chasco.

Esta era la opinión de muchos.

Efectivamente nos retiramos para lo alto, hacia donde hoy se levanta el frontís de la Iglesia, y allí nos quedamos para observar lo que pudiera ocurrir.

Pero de allí a poco no fue posible refrenar la curiosidad, y a la hora de las Apariciones nos habíamos acercado a los niños todo lo que permitía la aglomeración de gente que les rodeaba” (1).

Entre los Sacerdotes merece mención especial Mons. Juan Quaresma, Vicario General de la Diócesis de Leiría y más tarde miembro de la Comisión de la Investigación Canónica, que en carta dirigida al mismo P. Marchi expresa así sus impresiones:

“Una hermosa mañana de septiembre de 1917 salíamos de Leiría en un lento carruaje arrastrado por un caballo viejo, hacia el lugar, donde se realizaban las discutidas Apariciones. Nuestro querido P. Gois fue el que eligió el punto desde donde se dominaba el vasto anfiteatro del valle de Iría; desde allí podíamos ver más fácilmente, sin acercarnos demasiado el lugar donde los pastorcitos rezaban, esperando la celestial Aparición...

Al mediodía se hizo completo silencio. Se oía el murmullo de las preces. De repente suenan gritos de júbilo... Oyense voces que alaban a la Virgen. Levántanse brazos para apuntar algo en alto... ¿No ven?, ¿no ven? —Sí, ¡ya lo veo! La satisfacción brilla en muchos ojos... En el cielo azul no había una sola nube. Levanto yo también los ojos y me pongo a sondear la amplitud del firmamento, para ver lo que otros ojos más felices que los míos contemplaban...

¡Mire Vd. allá!...

Con gran satisfacción mía, veo entonces clara y distintamente un globo luminoso que se movía de oriente a poniente, deslizándose lenta y majestuosamente a través del espacio. Mi amigo miró también y tuvo la suerte de gozar de la misma inesperada Aparición... cuando de repente el globo, con su luz extraordinaria, desapareció de nuestra vista...

Cerca de nosotros había una niña vestida como Lucía y poco más o menos de su misma edad, que llena de alegría seguía gritando: ¡Todavía lo veo! ¡Todavía lo veo! ¡Ahora va para abajo!

Pasados unos minutos, exactamente el tiempo que acostumbraban a durar las Apariciones, comenzó la niña a exclamar de nuevo señalando al cielo: ¡Ya sube, ya sube otra vez!... Y continuó siguiendo al globo con los ojos hasta que desapareció en dirección al sol.

¿Qué piensas de ese globo?, pregunté a mi amigo, que estaba entusiasmado con lo que acababa de ver. Si se hubiese rasgado a nuestra vista ¿qué hubiéramos contemplado sino a la Mujer apocalíptica vestida de Sol? ¿Qué te parece?

Que era Nuestra Señora, contestó sin titubear.

Esa era también mi convicción. Los pastores contemplaron a la misma Madre de Dios; a nosotros nos fue concedido ver la carroza que la había transportado del cielo al erial inhospitalario de Sierra del Aire.

Debemos advertir que todos los que allí estaban habían observado lo mismo que nosotros; porque de todas partes se oían manifestaciones de alegría y saludos a Nuestra Señora...

Nos sentíamos en verdad felices. ¡Con qué entusiasmo iba mi compañero de grupo a grupo, en Cova de Iría, y luego por el camino, informándose de lo que habían visto! Las personas interrogadas eran de las más diversas clases sociales. Todas a una afirmaban la realidad de los fenómenos que nosotros mismos habíamos presenciado.

Altamente impresionados de nuestra peregrinación a Fátima, regresábamos a casa con el firme propósito de volver el próximo día 13 de octubre, con la esperanza de fortalecernos aún más en la certeza de las Apariciones de Nuestra Señora”.

Por muy interesantes que sean estas declaraciones de Mons. Quaresma a favor de la autenticidad de los sobrenaturales hechos de Fátima, nada nuevo contienen. Su voz es la de todos los incontables peregrinos de aquel día.

Alma y corazón de todos ellos, después de la Reina del cielo, eran los humildes pastorcitos. Desde los albores del día su casa se veía repleta de personas extrañas a la misma, que se iban metiendo en ella y se apretujaban por todas las habitaciones y humildes dependencias en incesante aluvión humano. Su preocupación era ver a los afortunados niños, hablar con ellos y arrancar de sus labios la promesa de encomendar sus cuitas a la celestial Visión. “Al acercarse la hora de partir, escribe Lucía, fuí a casa de mis primos para marchar juntos. Su casa, como la mía, y el mismo camino estaban llenos de gente, deseosa de vernos y hablarnos. Allí no había respetos humanos. Mucha gente del pueblo, y hasta señoras y caballeros, consiguiendo romper por entre la multitud, que en torno nuestro se apiñaba, venía a postrarse de rodillas ante nosotros, pidiéndonos que presentáramos sus deseos a Nuestra Señora. Otros, no consiguiendo llegar hasta nosotros, clamaban de lejos.

Decía uno de ellos: ¡Por amor de Dios, pidan a Nuestra Señora que cure a mi hijo, que está imposibilitado!

Otro: Que me cure a mí, que estoy ciego.

Otro: a mí, que estoy sordo.

Que me traiga a mi marido, a mi hijo, que está en la guerra; que me convierta a un pecador; que me dé salud, etc.

Allí aparecían todas las miserias de la pobre humanidad. Algunos gritaban hasta de encima de los árboles y paredes, a donde subían con el fin de vernos pasar.

Diciendo a unos que sí, dando la mano a otros, para ayudarles a levantarse del suelo, llegamos allá, gracias a algunos caballeros que nos iban abriendo paso entre la multitud.

Cuando leo ahora en el Evangelio aquellas escenas tan encantadoras del paso de Jesús por Palestina, recuerdo éstas que, tan niña aún, Nuestro Señor me hizo presenciar en los pobres caminos y estradas de Aljustrel a Fátima y a Cova de Iría, y doy gracias a Dios ofreciéndole la fe de nuestro pueblo portugués y pienso: si esta gente así se abate delante de tres pobres niños, sólo porque a ellos les es concedida misericordiosamente la gracia de hablar con la Madre de Dios ¿qué no haría si viese delante de sí al mismo Jesucristo?...”

Por fin, llegados los niños al lugar de la celestial cita, caen todos de rodillas para rezar el Rosario. Dirige Lucía, la humilde pastorcita, y todos, ricos y pobres, responden a las cuentas de la

popular salutación angélica.

No habían terminado aún el rezo cuando los tres videntes se levantaron, como movidos por invisible y común palanca. Acababan de ver el relámpago, inmediato precursor de la suspirada y dulce entrevista con nuestra Reina y Madre.

Inmediatamente después posa de nuevo la sobrenatural Visión sus virginales plantas sobre los brazos de la encina.

—*¿Qué queréis de mí?*, le pregunta Lucía, como en los meses anteriores.

—*Que continuéis rezando el santo Rosario todos los días para alcanzar el fin de la guerra. En octubre vendrá también Nuestro Señor, Nuestra Señora de los Dolores, Nuestra Señora del Carmen, y el Niño Jesús para bendecir al pueblo.*

—*Me han suplicado que os pida muchas cosas. Esta niña es sordomuda. ¿No la queréis curar?*

—*Durante el año experimentará algunas mejoras.*

—*Son peticiones de curaciones, de conversiones...*

—*A algunos curaré, a otros no, porque Nuestro Señor no se fía de ellos.*

Resulta, pues, caro lector, que lo que obstaculiza el milagro es en unos falta de las debidas disposiciones, y en otros el conocimiento que tiene nuestra celestial Intercesora de que la enfermedad es para ellos mayor bien que la misma salud. ¡Cuántas gracias le darán eternamente en el cielo muchas almas por los favores que en vida les concedió! Y ¡cuántas también por los que providencialmente les negó!

—*El pueblo tiene mucho interés por tener aquí una Capilla.*

—*Empleen la mitad del dinero, que hasta hoy habéis recibido, en las andas, y sobre una de ellas pongan a Nuestra Señora del Rosario; la otra parte será para ayuda de la construcción de una capilla.*

—*Hay muchos que dicen que yo soy una intrusa, que merezco ser colgada o quemada. ¡Haga un milagro para que todos crean!*

—*Si: en octubre haré un milagro para que todos puedan creer, anuncia nuevamente.*

La Madre de misericordia traía también palabras de consuelo y hasta un consejo prudencial para sus heroicos pastorcitos. Dios está contento de vuestros sacrificios, les añadió amorosa, pero no desea que durmáis con la soga: llevadla durante el día.

Muy confortados dejaron a los pobres pastorcitos estas dulces

palabras: ¡Oír de labios de la misma Reina del cielo la expresión del divino beneplácito sobre sus sacrificios y hasta el consejo de aminorarlos para no exceder en ellos los límites de la prudencia, y la promesa de que el próximo mes verían al mismo Jesucristo...! ¡Ay, qué bueno!, exclamaba Francisco; ¡sólo un mes más y ya le veré...! ¡Yo, que le quiero tanto...!

Después la linda Señora, como la llamaba Jacinta, se eleva por los aires en dirección a Oriente, de donde había venido.

Si quieren verla, miren hacia allí, gritaba Lucía, mientras señalaba con la mano el globo luminoso, que de nuevo se dejó ver unos momentos antes de desaparecer en la inmensidad del espacio, como ordinariamente.

Después de la celestial Madre los primeros protagonistas de aquellos discutidos sucesos eran indudablemente los pastorcitos. Nada extraño que, desaparecida, se abalanzaran todos hacia ellos para hacerles mil preguntas sobre lo que nadie como ellos habría podido ver y gozar.

Con no poca dificultad lograron sacarlos sus padres de aquel dilatado, compacto y ensordecedor berenjenal, y acompañarlos a su casa, que de nuevo hallaron repleta de gente. Fue necesario esperar a que llegara la noche para verse libres de aquella torrencera humana y de su continuo flujo y reflujo de múltiples y no siempre oportunas preguntas.

No obstante, su diálogo con la Reina de cielos y tierra fue en esta ocasión más breve que en los meses anteriores. Ya no hacían falta largos coloquios, pues quedaban debidamente aleccionados por la mejor Maestra, y dispuestos a cumplir fielmente su misión, que en parte entonces mismo estaban ejerciendo.

Ahora sólo era cuestión de disponerlos definitivamente para la debida recepción de la última lección del valle de Iría, en la prodigiosa confirmación de todo el misterio de Fátima, para ellos y para todo el Mundo. Para que pudieran anunciarlo a su vez al pueblo les da de nuevo un esbozo del mismo en los detalles, que acabamos de recordar a nuestros lectores con las mismas palabras de la celeste Visión.

Era de prever que algo extraordinariamente grande tenía preparado para el 13 de octubre, cuando su simple anuncio ocupó su atención y su palabra en sus Revelaciones anteriores y en forma cada vez más precisa y concreta, hasta determinar en las dos últimas su principal contenido y concreción.

Los bien o mal llamados fenómenos atmosféricos —no todos tuvieron lugar en la atmósfera—, iban aumentando a medida que seguían adelante las Apariciones.

La de septiembre superó en esto todas las que le antecedieron. Hubo en ella doble manifestación estelar. El sol veló tanto sus rayos en presencia de la Virgen que brillaban estrellas en el firmamento. Pero todos los allí presentes fueron también testigos de una lluvia de estrellitas a semejanza de pétalos de flores o copos de nieve, procedentes de regiones infraestelares, próximas a la tierra.

¿Anuncio y esbozo estelar del descenso del Sol del siguiente mes de octubre?

¿Presagio y amenaza de grandes males a escala de lluvia sobre la tierra de artefactos bélicos en nueva guerra mundial, en caso de desprecio del Mensaje de la Virgen, como teme Castelbranco, según refleja su libro “Le Prodige inouï de Fatima”? De la misma opinión parece ser también Msr. Fulton Sheen, p. 156 de Castelbranco.

¿Abundante lluvia de gracias extraordinarias, en caso contrario?

¿Por qué no augurio y previsión de todo un posible porvenir claroscuro, cuyo bien o mal desarrollo deja a nuestra elección, según observemos o no su maternal Mensaje?

Todo el historial de Fátima procede de menos a más en sus Revelaciones de la nava de Iría, y por doble vía, cada vez más abierta a amplios horizontes, tanto en la del bien como en la del mal, en la de los grandes premios como en la de los posibles castigos del cielo.

La Virgen, como buena Madre, nos avisa a tiempo, para que hagamos prudentemente nuestra elección con miras al bien propio y de todos nuestros hermanos, muchos de los cuales parecen empeñados en su propia perdición y en la nuestra.

XXVI

¿SANTUARIO DE DENOMINACION ISLAMICA DENTRO DE LA IGLESIA CATOLICA?

A pesar del paganismo reinante y de sus infiltraciones por donde sea, un nuevo Petecostés está vivificando y reanimando la

Iglesia, aunque al igual que el de veinte siglos atrás, pase quizás desapercibido para muchos.

En los primeros destellos del Cristianismo vemos a María en medio del Colegio Apostólico, atrayendo sobre sí y sobre los Discípulos de su divino Hijo los dones del Espíritu Santo, y al primer Papa poniendo en ruta hacia la recién nacida Iglesia una gran corriente de atracción ecuménica, suscitada y dirigida por él mismo y sus colaboradores apostólicos, entre los prosélitos del judaísmo y de todo otro culto, que a millares iban dando su nombre y su fe a la nueva Religión, de la cual Pedro en la tierra era cabeza. ¿Por qué no ha de poder acontecer hoy algo idéntico?

Hoy se repite felizmente este hecho desde más de un cenáculo. El Concilio Vaticano II ha puesto igualmente en marcha un gran movimiento ecuménico, dirigido a toda religión y hasta a todo hombre de buena voluntad. Y el mundo de nuestros días ha admirado y aplaudido repetidas veces al Papa peregrino, trazando vías de unión y atracción universal, no sólo desde el cenáculo conciliar, sino también desde Jerusalén, la India, Ginebra, Bogotá, la O.N.U., Fátima... Y lo dulce y providencial es que hasta la historia humana de nuestro tiempo parece colaborar con el representante de Dios en la tierra en la búsqueda de nuevas rutas al ecumenismo mariano y conciliar.

¿Por qué será que haya querido Dios que tenga María templos de denominación islámica, como lo son los de Fátima, nombre de la hija de Mahoma, dentro de la misma Iglesia de Cristo?

Cuando el cielo pone nombre a una persona, física o moral, expresa lo que es o lo que en su día será. "*Tú eres Pedro*", dijo un día el Salvador a un pobre pescador de Galilea, conocido antes con el nombre de Simón, *porque sobre esta piedra quiero levantar yo mi Iglesia, con seguridad de firmeza y estabilidad hasta el fin de los siglos*". Y son ya veinte los que han transcurrido, mientras Pedro y su Iglesia siguen firmes en donde con tan expresivo nombre el Señor los colocara.

Si, pues, hoy la Reina de cielos y tierra quiere tener en nombre de Dios un templo con nombre islámico —y varios son los que hoy con denominación islámica existen en el mundo— y Ella misma quiere ser llamada con el mismo nombre, ¿no habrá aquí una llamada a todos los pueblos árabes o a los prosélitos del Corán? ¿No será que invitarlos quiere a su casa solariega, para vivir con ellos bajo el mismo techo de Iglesia, levantada por su divino Hijo a

expensas de sudor y Sangre?

Por suerte es Ella muy amada y apreciada por el pueblo árabe. Fátima, se lee en el Corán, es la segunda mujer, porque la primera es Myriam (María), la más ensalzada y favorecida por Alá (Corán, III, 37). Y en otra página del mismo libro: acuérdate de Myriam, a quien nosotros aclamamos por signo de salvación universal (Corán, XXI, 91). Signo de salvación, especialmente para todos los pueblos árabes e islámicos es la llamada que hoy Ella a toda aquella gente dirige, tomando un nombre tan popular como lo es allí el de Fátima.

El año 1967 fue especialmente año de gracia para los egipcios del Cairo, que anteriormente habían recibido con extraordinario entusiasmo a la Virgen peregrina de Fátima. Católicos, Ortodoxos e Islámicos, trabajaron a una y ofrecieron generosamente sus limosnas para la construcción de la Catedral copto-ortodoxa, que un año después fue consagrada.

He aquí las palabras con que saludó a la Virgen peregrina de Fátima el presidente de una Comunidad musulmana de Mozambique: Nuestra Señora de Fátima, bendecid nuestra ciudad; bendecid a toda la humanidad para que haya paz, prosperidad y amor fraterno entre todos los hombres. Aceptad un humilde obsequio de toda esta Comunidad mozambiqueña, que con todo amor os ofrecemos. Acto seguido deposita a los pies de la Virgen peregrina un cofrecito con dos artísticos brazaletes de oro cincelado.

No sólo hay allí piedad en el pueblo, sino también búsqueda de la debida orientación en el Clero. Nos parece especialmente digna de mención a este propósito la visita hecha por Shenuda III a Pablo VI juntamente con otros diez Obispos copto-ortodoxos. Fueron recibidos en el aeropuerto de Fiumicio por el Cardenal Wilibrands, Presidente del Secretariado para la unión de los Cristianos y permanecieron durante ocho días de fraternal diálogo y discusión en el Vaticano. Tuvo Shenuda el gusto de oír de labios del Santo Padre estas alentadoras palabras: esperamos una superación rápida de las dificultades que nos separan, y recibió del mismo los restos de San Marcos Evangelista, para ser venerados en su Catedral egipcia.

Día vendrá, como es de confiar, en que por caminos de oración y sacrificios, con los cuales debiéramos favorecerles, y los de la predicación apostólica o del diálogo, como hoy suele decirse, se decidirán a ir suprimiendo de su Profeta Mahoma lo que no coinci-

da con su anterior y mejor Profeta y Evangelista Marcos, con lo cual tendríamos cumplida allí la profecía del mismo Jesucristo, en la que nos dice que tiene también otras ovejas que no están en el redil de su Iglesia católica y que ha de atraerlas, para formar con unas y otras un solo redil, bajo el cayado de un solo Pastor, que es El mismo.

Por ahora la Reina de cielos y tierra ha salido a su encuentro, bajando por ellos y por todos del cielo a la tierra con la advocación islamo-fatimista de Virgen de Fátima, como el padre del hijo pródigo salió de casa al encuentro del hijo perdido, antes de que él llegar pudiera a la misma, para poderle invitar él mismo a entrar, arrepentido de haberle abandonado. También el mundo árabe parece estar hoy siquiera parcialmente decidido a volver a su hogar materno, abandonado siglos ha por sus antecesores. Tienen un hogar en la Catedral de Córdoba, donde anualmente acuden algunos y no pocos de ellos para discutir su modo de pensar con el de distinguidos Obispos y Sacerdotes de España, y otros no pocos en su propia tierra, donde está también floreciente y fructificante la Iglesia Católica y hasta una gran Iglesia, dedicada a la Virgen de Fátima en Damasco, la capital de Siria.

Gran Santuario mariano, y con nombre islámico, en el centro del mundo árabe, y en la Capital de una de sus multiformes nacionalidades, es buen síntoma a favor de todos los pueblos árabes del presente y del porvenir, mientras no desmerezca ni se eclipse su culto. ¡Lástima que árabes y hebreos no lleguen a entenderse en aquella tierra, llamada santa por excelencia, patrimonio hogareño y secular de unos y otros! Se diría que de nuevo quiere María llevar a su divino Hijo tanto a Belén como a Egipto, que por algo son hoy, Madre e Hijo salvación y suerte temporal y eterna de sus coterráneos, si así ellos mismo lo desean y se lo solicitan. Por algo es hoy personalmente María Hija de Sion —así la llama el Concilio Vaticano II— con denominación islámica y egípcia.

A tenor de lo manifestado por no pocos testigos oculares, en los aires sobre el templo de la Sagrada Familia de la aldea de Zeitoun (el Cairo) fue vista repetidas veces en 1968 la celestial Madre, como si con su presencia en aquel lugar quisiera manifestar su benevolencia a favor del vecindario y de sus antecesores por su asistencia a aquel Templo, levantado allí por sus antepasados, al recuerdo de haber morado algún tiempo allí mismo la Sagrada Familia, en tiempo de Herodes, mientras sus soldados estaban bus-

cando al divino Niño por Belén y sus alrededores, para darle muerte: llamada de María al encuentro de Cristo en sincera conversión.

Si así es, como es de creer, bien venida sea esta llamada del cielo, cuyos destinatarios parecen ser todos los hombres, tanto los que cumplen sus deberes religiosos, como los que los tienen olvidados, aunque con lenguaje tan dulce y atractivo para los primeros, como maternalmente severo para los segundos, mientras no cambien de vida.

El Clero Copto-católico creyó deber autorizar, como realmente autorizó el culto de Nuestra Señora de Zeitoun.

XXVII

SEPTIMA APARICION DE LA VIRGEN

El día 13 de octubre había de sellar con la impronta del milagro toda la serie de las manifestaciones sobrenaturales de Cova de Iría. La Madre de misericordia lo había prometido repetidas veces a sus tiernos videntes. Estos, por su parte, no se abstenían de anunciarlo como cosa cierta y segura a todos los que les hablaban de lo que a ellos más les interesaba, que naturalmente era su dulce y mensual encuentro con la Reina del cielo.

Este interesante detalle de la futura Aparición quedaba de antemano asegurado en firme, sin ninguna vacilación, en el espíritu de los niños, para sostén y consuelo de su esperanza y nuevo acicate de su amor a la divina Madre.

Huelga decir que se prestaba también en grande al sarcástico solaz y a las irónicas irrisiones de los anticlericales y al temor de muchos católicos bien intencionados, pero descreídos todavía, respecto a la veracidad del hecho de Fátima.

Los primeros tildaban de simplones, cavernículas y prehistóricos a los que daban fe a este anuncio y se frotaban de alegría las manos ante la perspectiva de poder enterrar pronto y para siempre en Portugal en el sepulcro del desprecio y de la ridiculez a la religión católica, que, a su juicio, tales embustes forja para engañar a los pueblos.

Los otros veían acercarse con gran temor, algunos con verdadero pánico, el temido y deseado día trece. Se amenazaba a los niños

y a sus familiares con graves castigos y escarmientos, si no se verificaba lo que tenían predicho.

“Mi familia, refiere la hermana de Lucía, María de los Angeles, estaba muy preocupada. Cuánto más se acercaba el día 13, más repetíamos a mi hermana que no se entercase, que iba a suceder algo malo a ella y a nosotros: que íbamos a sufrir todos por lo que ella y los primitos habían urdido. El padre la reprendía mucho, mucho. Cuando estaba exaltado era insoportable, pero nunca llegó a pegarle. Era la madre la que más la castigaba.

Se decía que iban a arrojar bombas para meternos miedo a los niños y a nosotros.

Si estuviese en nuestra mano, decían algunos, los meteríamos en un cuarto oscuro hasta que se desdijesen.

Teníamos mucho miedo. Cuando no estábamos con Lucía decíamos: ¿Qué será de nosotros?

Hasta unos vecinos decían: una bomba lo va a arrasar todo. Alguien vino a aconsejar a la madre que llevara a Lucía lejos de aquí, a cualquier sitio donde nadie pudiera dar con ella... Cada cabeza un parecer. Todos tenían un consejo que dar, y nosotros nos quedábamos sin saber qué hacer.

Los niños eran los que no tenían ningún miedo.

Una vez, pocos días antes del trece, fui a estar con ellos un poco y les dije:

¿Entonces vosotros no estáis resueltos a decir que no habéis visto nada en la vertiente de Iría?

Andan diciendo que echarán bombas para destruir nuestra casa y nuestras cosas... Será mejor que me lo digáis sólo a mí, y yo voy y se lo digo al Sr. Cura, y él lo dice desde el púlpito... y todo queda arreglado. ¿Queréis?

Lucía, frunciendo el ceño, se callaba; entonces Jacinta entre lágrimas, contestó:

El caso es que lo ha visto la gente, no sólo nosotros.”

Tan gran terror reinaba en casa de María de los Angeles, que el día doce, muy de mañanita, María Rosa saltó de la cama y corrió a despertar a Lucía para decirle: “Lucía, es mejor que vayamos a confesarnos. Dicen que vamos a morir mañana en Cova de Iría... Si la Señora no hace el milagro, la gente nos matará. Por lo tanto es mejor que nos confesemos, a fin de estar preparados para morir.

Pero la niña respondió con serenidad: “*Si la madre quiere*

confesarse, yo también voy; pero no por ese motivo. Yo no tengo ningún miedo de que nos maten. Estoy segurísima de que la Señora hará mañana lo que tiene prometido.

Y no se habló más de confesiones.

En casa de Olimpia, en cambio, como ya había seguridad de la verdad de las apariciones, reinaba un ambiente mucho más propicio.

Dios y su Madre permiten o deparan a los suyos las cruces y tribulaciones como medio de purificación y de santificación, a proporción de las posibilidades y de la vocación personal de cada uno. La de Lucía, dentro de las mismas revelaciones de Fátima, era superior y de más duración en este mundo que la de sus primitos. ¿Qué tiene de extraño que le resultara también más costosa? A ella especialmente había anunciado la más solícita de las madres penas y sinsabores; y a ella particularmente había ofrecido también su Corazón Inmaculado por refugio y asilo y por camino corto y certero para llegar a Dios.

Haciendo bello contraste con el terror injustificado de los padres de Lucía y de la mayoría de los de su pueblo, y con el odio y algarabía antirreligiosos de los incrédulos, eran de ver la seguridad y dulce alegría con que los pastorcitos esperaban el 13 de octubre como su mejor día, por saber de antemano que en él resplandecería a las claras, por medio del milagro, la verdad de lo que ellos habían aprendido de labios de la Reina del cielo, se consolidaría definitivamente la fe y confianza de los millares de peregrinos que convertían en riadas de gente los caminos de Fátima, y se pondrían definitivamente en camino de salvación muchas almas empeñadas hasta entonces en andar por sendas de perdición, que no pueden abocar más que a aquel infierno, cuyos horrores ellos tenían bien vistos con sus propios ojos.

De esas riadas humanas, que durante los días doce y trece de cada mes iban inundando Cova de Iría y sus alrededores, tuvo que ocuparse la prensa de todos los matices, con fines sincronizados con sus diferentes ideologías.

Vale la pena de espigar acá y acullá algunas de aquellas informaciones periodísticas, pues resultan de mayor interés hoy que cuando vieron la luz primera, como vino añejo que va ganando en graduación y valor a medida que van pasando los años.

Avelino de Almeida, masón, Director de "O Seculo", el diario de Lisboa de mayor circulación, que se dirigió a Fátima para infor-

mar a sus lectores sobre el más popular, aunque a su juicio también sobre el más necio, acontecimiento del día, describía así a los numerosos peregrinos que su auto, el día doce de octubre, iba dejando atrás en el camino:

Casi todos, hombres y mujeres, van descalzos, llevando las mujeres su calzado en talegas sobre la cabeza, y apoyándose los hombres en grandes cayados o empuñando otros su paraguas. Se diría que todos se olvidan de prestar atención a lo que ocurre a su alrededor, con gran falta de interés para el viaje, habiendo peregrinos que parecen absortos en el rezo del rosario con triste canturreo rítmico. Una mujer reza la primera parte del Avemaría, y sus compañeros, en coro, la segunda. Con pasos seguros y rítmicos avanzan por el camino polvoriento, que corre por entre los bosques de pinos y las plantaciones de olivos, con la intención de llegar antes de la noche al lugar de la aparición, donde, bajo la serena y fría luz de las estrellas, esperan poder dormir, situándose en los primeros puestos cerca de la que llaman carrasca bendita, para poder ver mejor... Algunos lo consideran como un mensaje del cielo y una gracia extraordinaria; otros ven en todo esto una señal y una prueba de que el espíritu de superstición y fanatismo ha echado profundas raíces, que es difícil y hasta imposible destruir...

No sabemos si ha habido ya personas ciegas que han obtenido la vista, paralíticos que han recobrado el uso de sus miembros, pecadores empedernidos que han abandonado el camino del pecado para sumergirse en el agua purificadora de la penitencia.

Pero eso no importa. La noticia de las apariciones se ha propagado desde el Algarve hasta el Miño. Los peregrinos acuden allí a millares el día 13 de cada mes, de las cercanías y de las lejanías. No bastan los medios de transporte.

El Clero del lugar y de la vecindad mantiene con respecto a los hechos una prudente reserva, por lo menos en apariencia. Es la costumbre de la Iglesia. Proclama en alta voz que en tales circunstancias la duda no significa nada. Pero secretamente se regocija por la gran afluencia de peregrinos, que desde mayo se han hecho cada vez más numerosos.

Y hasta hay gente que sueña en una Iglesia grande y magnífica, siempre llena, con grandes hoteles en las proximidades, que posean todo el confort moderno, con tiendas bien provistas de múltiples objetos piadosos y recuerdos de Nuestra Señora de Fátima, y con

un ferrocarril que nos llevará cómodamente al futuro Santuario...

El avisado articulista masón no deja de recoger la impresión de los que no creen en las apariciones:

“En la entrada de la Villa, prosigue, mujeres del pueblo en quienes el ambiente ya injertó el virus del ateísmo, comentan en tono de mofa el caso del día:

—“Entonces ¿vas mañana a ver a la santa?

—“Yo no. Si ella no viene acá...!

Y se ríen a gusto, mientras los devotos prosiguen indiferentes a todo lo que no sea el objetivo de su romería. Durante la noche se reúnen en la plaza de la Villa los más variados vehículos, conduciendo creyentes y curiosos, sin que falten viejas damas vestidas de oscuro, encorvadas ya por el peso de los años, pero brillándoles en los ojos la luz ardiente de la fe, que las llevó al acto animoso de abandonar por un día el rincón imprescindible de la casa.

Al romper el alba, nuevos grupos aparecen intrépidos y atraviesan, sin pararse, el poblado, cuyo silencio rompen con la armonía de los cánticos, que voces femeninas, muy afinadas, entonan en un violento contraste con la rudeza de los tipos.

Nace el sol, pero el cariz del cielo amenaza tormenta.

Las nubes negras se amontonan precisamente por el lado de Fátima. Nada, sin embargo, les detiene. Por todos los caminos, y sirviéndose de todos los medios de locomoción, quieren a toda costa llegar a Fátima... Los ciclistas, muy numerosos, hacen verdaderos prodigios para no precipitarse contra los carros...

Hacia las diez el sol se entolda completamente y no tarda en comenzar a llover y a llover bien.

Las mangas de agua, batidas por un viento agreste, fustigan los rostros, encharcando el camino y calando en los vestidos de los caminantes desprovistos de sombrero u otras defensas. Pero nadie se impacienta o desiste de proseguir y, si algunos se cobijan bajo las copas de los árboles, junto a las paredes de las fincas, o en las distanciadas casas que se topan a lo largo del camino, otros continúan la marcha con una resistencia impresionante... No hay quien tema ver encerrados sus pies bajo la empapada arcilla; sólo piensan en tener la dicha de ver de cerca la carrasca que, al decir de los pastorcillos, la Visión ha escogido por pedestal. Sobre este tosco arbusto se yergue un arco más tosco aún, en que bambolean dos linternas...”

El Diario “O Día”, por su parte, escribía a 19 de octubre,

relatando las impresiones de los días doce y trece anteriores:

“Por todas partes, ya desde la víspera, se veían, camino de Fátima, grupos de romeros... Por los pinares..., por los arenales, donde giran las aspas de los molinos de viento, venían a pie, con los borceguíes en sus piernas musculosas, en la cabeza el saquito de provisiones, a paso ligero... obreros de Marinha, labradores de Monte Real, serranas de lejanas tierras —de las sierras de Soubio, de Minde, de Lourical. Gente de todas partes, a donde había llegado la voz del milagro, dejaba las casas y los campos y venía por aquellas afueras a caballo, en carro o a pie, cruzando las estradas, atravesando montes y pinares interminables por caminos que durante dos días se vieron animados con el rodar de los carros y autos, el caminar de los asnos y el vocear de los grupos de romeros.

El otoño amarilleaba las viñas ya vendimiadas. El viento del nordeste, frío y cortante, anunciando el invierno, sacudía los chopos de las orillas de los ríos... Toda la noche y toda la madrugada se pasó cayendo una lluvia menuda, persistente, que encharcaba los campos, que entristecía la tierra, que calaba hasta los huesos con su humedad fría a mujeres, niños, hombres y animales, que cruzaban macilentas estradas que conducen a la sierra del milagro.

La lluvia caía, caía, insistente y blanda. Las faldas de estameña y las estampadas telas pesaban como plomo en las tiras de las cinturas. Las gorras y los largos sombreros escurrían agua sobre las chaquetas nuevas de los días de fiesta. Los pies descalzos de las mujeres y las botas herradas de los hombres patinaban en los lodazales del camino. Pero los romeros parecían no sentir la lluvia.

Caminaban sierra arriba iluminados por la fe, con ansias del milagro, que Nuestra Señora prometió para el 13 de octubre a las doce del día, hora del sol, a las almas sencillas y puras de tres niños, que apacentaban sus ganados...

Se oía cada vez más cercano un murmullo que bajaba del monte; murmullo que parecía la voz lejana del mar, que había penetrado en el silencio de los campos...

Eran cánticos que se definían entonados por millares de bocas. En la planicie alta de la sierra se veía, cubriendo el monte, llenando un valle, una mancha enorme y movidiza de millares y millares de criaturas de Dios, millares y millares de almas que rezaban... Erguidas las manos, los ojos en éxtasis, venían con la fe ardiente del que cree a pedir el milagro anunciado, el perdón de los pecados, la bendición para las amarguras de la vida...”

Como se ve por la primera de estas informaciones periodísticas, no todos los que acudían a Cova de Iría creían en el orden sobrenatural. Había un buen porcentaje de curiosos, descreídos y ateos que acudían a aquel lugar por este nuevo género de turismo religioso-popular, o en busca de ocasiones y coyunturas en que poder ridiculizar las prácticas religiosas y las creencias populares.

En un carruaje público, escribe el Dr. Formigao, algunos hombres, por las fachas, comerciantes, conversan acaloradamente. Algunos de ellos gritan exasperados: Deberían cortar la cabeza a los tres chiquillos. ¡Nos han engañado haciendo que nos mojemos hasta la médula de los huesos...!

En lo humano razón había para temer.

El día 13 de octubre se levantó María Rosa con el convencimiento de que había de ser el último de Lucía. Si no se verifica, decía, el milagro que tiene anunciado, ese gentío es capaz de matarla.

No tenga miedo, madre, replicaba animosa la niña; nada malo nos ha de suceder. Nuestra Señora ha de hacer indefectiblemente lo que ha prometido. Jacinta y Francisco lo saben muy bien.

La intrépida pastorcita se disponía ya a salir hacia la casa de sus tíos en busca de sus primitos, a fin de ponerse los tres en camino para Cova de Iría, cuando María Rosa, no pudiendo olvidar su condición de madre, exclama resuelta: *¡Si mi hija va a morir, quiero morir yo a su lado!*

Y acompañada de su marido, lleva a la pequeña a casa de su hermano.

Pero ¡ah! Nunca les había costado tanto llegar a ella. Parecía atrincherada entre barricadas de geste desconocida.

Cuéntenoslo Marto con su inconfundible gracejo:

“Los curiosos y devotos nos llenaban la casa a más no poder. Fuera llovía mucho. Aquello estaba hecho un barrizal. Mi mujer se afligía con todo aquello y se esforzaba en echar gente a la calle. Pero ¿cómo iban a salir mientras no cesara de llover? Había gente encima de las arcas y de las camas...”

Yo entonces le dije: ¿Déjalo, mujer? ¿En llenándose, no cabe uno más?...

A las once y media me disponía yo a salir detrás de los pequeños, cuando un vecino me llama aparte y me dice:

—Tío Marto, será mejor que no vaya Vd. Podría suceder que le atropellaran... A los niños, no... Son criaturas; nadie va a causarles

mal... Pero usted corre peligro...

—Yo voy de buena fe, le contesté. No tengo ningún miedo... Las cosas irán bien... No tengo el menor recelo...

Mi Olimpia, sí, tenía mucho miedo... Veía aquello de otro modo, porque los Sacerdotes y otras personas no lo veían bien.

Los niños estaban muy tranquilos. Jacinta y Francisco de nada se preocupaban.

¡Oye, decía Jacinta, si nos matan nos vamos al cielo, pero los que nos hagan mal ¡pobres! ¡van al infierno!

Salimos de casa lloviendo a mares. El camino era un lodazal; lo que no impedía que hubiese mujeres, hasta señoras, que se arrodillaran delante de los niños.

Déjense de todo esto, les decía yo.

Aquella gente pensaba que los niños tenían un poder que sólo los Santos tienen.

Después de muchos trabajos y de muchas intervenciones llegamos al valle de Iría.

La gente estaba tan apiñada que no se podía pasar.

Entonces fue cuando un chófer levantó a mi Jacinta en los brazos y a empujones se abrió paso hasta las varas que sostienen las linternas, gritando: Dejen pasar a los niños que han visto a Nuestra Señora.

Yo me puse detrás de ellos y Jacinta, afligida por verme en medio de tanta gente, comenzó a gritar: ¡No aplasten a mi padre! ¡no aplasten a mi padre!

La pusieron en el suelo junto a la encina, pero también allí la aglomeración era espantosa y la pequeña lloraba. Entonces Lucía y Francisco la colocaron en medio de ellos.

La madre de Lucía, María Rosa, llegó hasta allí mismo...

La gente ondulaba en una gran masa humana para atrás y hacia adelante, hasta que, cuando llegó el momento por todos esperado, todo quedó silencioso y tranquilo”.

El momento que allí había atraído tan extenso compacto aluvión humano era el del mediodía solar, señalado por la Virgen para su Aparición.

Inmediatamente ante los tres pastorcitos ven el relámpago precursor de otras veces, y Lucía grita: *¡Silencio, silencio, que ya viene Nuestra Señora!*

¡Cuidado, hija, no te dejes engañar!, grita una voz chillona y temblorosa, ¡no te dejes engañar!

Lucía no pudo advertir la advertencia de su madre terrena. Estaba ya disfrutando de la dulce presencia de la del cielo, que allí tenía sobre las guirnaldas de flores, que en torno de lo que quedaba del tronco de la carrasca, —en parte pedestal de la Virgen en los meses anteriores, arrasado ahora por la piedad popular—, le habían preparado las manos piadosas de María Carreira y otros peregrinos.

—*¿Qué queréis de mi?, pregunta la dichosa niña a la Visión celestial.*

—*Quiero decirte que hagan aquí una Capilla en mi honor, que soy Nuestra Señora del Rosario, que continuéis rezando el Rosario todos los días. La guerra va a terminar; los soldados volverán pronto a sus casas.*

—*Tengo muchas peticiones que haceros. La curación de algunas personas. ¿Queréis atenderlas o no?*

—*A algunas sí; a otras no, responde la Virgen. Es necesario que se enmienden, que pidan perdón de sus pecados. ¡Que no ofendan más a Nuestro Señor, que está muy ofendido!*, termina diciendo tomando un aspecto muy triste; cuatro frases consecutivas, que expresan lo mismo ¡tantá es su impaciencia!

Tal es la última enseñanza verbal de la celestial Madre en sus apariciones de Fátima: que si queremos obtener gracias del cielo, hay que empezar por limpiar el alma de lo que en ella pudiera haber de desagradable a los divinos ojos, con el firme propósito de no ofender más a Dios, que ya está muy ofendido.

Luego, abre los brazos, como en las primeras Apariciones, y ahora, como entonces, sale de su pecho virginal, o de su Corazón de Madre, un río de divina luz.

Ahora ese río de luz y de gracia que irradia del Corazón Inmaculado será para todos los hombres. Precisa, pues, proyectarlo a modo del sol, que sostiene, ilumina y vivifica al mundo, para que todos comprendan que en el nuevo Sol de las almas, que es el Corazón sin mancha de la Madre de Dios, hallarán calor, luz, paz y vida todos los que en él pongan su esperanza y su amor.

Mirad al Sol, grita Lucía. (1)

Todo aquel inmenso gentío levantaba los ojos al cielo y ve abrirse las nubes, que hasta entonces lo habían tenido entoldado, en dos enormes cortinajes que se descorren y esfuman, apareciendo entre ellos, en el claro-azul del firmamento, un Sol de singular belleza, blanco y plateado, de intenso brillo y resplandor, que lejos de herir las pupilas, atrae a placer todas las miradas.

Mientras la celestial Señora va elevándose en el aire se ve cada vez más vivo y centelleante el intenso resplandor que Ella misma, más brillante que el Sol, en expresión de Lucía, reverbera en el disco solar, hasta quedar engolfada en el mismo claro Sol, que de su Corazón sin mancha fluye en diáfano manantial de divinas beldades.

El Apóstol y Evangelista San Juan nos la muestra en su libro del Apocalipsis como una mujer vestida de Sol, en destellos del divino Sol, recluido por nueve meses en su seno virginal (Encarnación).

En Fátima aparece del mismo modo para obrar desde su nuevo Sol de Gracia, como Reina del mundo y de la naturaleza, el milagro anteriormente prometido a los pastorcitos. No será un milagro cualquiera, como escogido al azar sólo para probar la verdad de las Apariciones. Será, por el contrario, un prodigio de marcado matiz fatimista, resumen y natural coronamiento de todas las manifestaciones sobrenaturales de Cova de Iría, o revelación del Corazón de María a escala mundial.

Expongámoslo con las sencillas al par que sublimes palabras de Lucía:

Cuando desapareció Nuestra Señora en la inmensa distancia del firmamento vimos junto al Sol a San José con el Niño y a Nuestra Señora vestida de blanco con un manto azul.

San José con el Niño parecían bendecir al mundo, con las señales en forma de Cruz, que hacían con la mano.

Poco después, desvanecida esta Aparición, vi a Nuestro Señor y a Nuestra Señora que me daba la idea de ser Nuestra Señora de los Dolores. Nuestro Señor me parecía bendecir al mundo de la misma forma que San José.

Desvaneciése esta Aparición y parecióme ver todavía a Nuestra Señora en forma semejante a Nuestra Señora del Carmen.

En estos tres sucesivos cuadros de la Sagrada Familia, de la Dolorosa y del Carmen no es posible dejar de ver una remembranza del santo Rosario en sus misterios de gozo, dolor y gloria, ni las tres más importantes y destacadas manifestaciones del amor del Corazón Inmaculado de la Madre de Dios al hombre que se centran en los misterios de la Encarnación, de la Redención y de la eterna salvación de las almas. Así, pues, los misterios del Rosario y las mayores pruebas de amor del Corazón Inmaculado son halo y alma de tan bello Sol, en fuente y venero de gracia, que a favor de la

humanidad emana del Corazón sin mancha de la que Dios nos dio por Madre.

Pero la importancia de este tema reclama capítulo aparte.



**EL INMACULADO CORAZON DE MARIA,
CENTRO NUCLEAR DEL SOL DE FATIMA,
SOL DE GRACIA**

Hay quienes creen que el Sol del prodigio de Fátima es el mismo que ilumina diariamente la tierra desde el centro de nuestro sistema planetario. Esta persuasión mueve, por ejemplo, la ágil y elegante pluma de Paul Claudel cuando escribe: "Fátima es una explosión. Es una irrupción brutal —y casi me atrevo a llamarla escandalosa—, del otro mundo a través de las fronteras agitadas de este universo terreno.

No se trata aquí de intérpretes, ni de mensajeros, ni tampoco de comunicaciones con almas elegidas, tenidas durante el sueño, en éxtasis...

Es el propio sol en medio del cielo el que en el más arrogante desprecio de las leyes científicas hace la más espantosa declaración de independencia... Aquí no se trata de visiones poéticas; estamos en pleno dominio de la realidad. Es el sol, —centro de la seguridad material del mundo—, el que deja de preocuparse de la madurez de las habas y se hace heraldo audaz de una especie de proclamación metafísica. Se pone a dar vueltas y más vueltas, a danzar y girar sobre sí mismo, a vomitar torrentes de fuego de todos los colores. Se hecha sobre la tierra para hacerla comulgar su disco de luz y vuelve a subir a lo alto del firmamento..."

Si esta opinión del ilustre literato francés fuese verídica, el prodigioso movimiento y la singular agilidad del sol fatimista de 13 de octubre de 1917, además de registrarse como fuera en todos los observatorios astronómicos y de dejar sentir su presencia en todo nuestro hemisferio, habría causado grandes trastornos en toda la tierra y cataclismos catastróficos en el universo, a no ser que Dios los hubiese impedido con su omnipotente mano con otros muchos milagros, tan grandes y sorprendentes, como innecesarios.

Ahora bien, Dios no hace, ni menos multiplica, los milagros sin necesidad, ni obra nunca a capricho, ni intenta nunca en su actua-

ción fines espectaculares, como parecen creer los que al explicar el prodigio que aquí nos ocupa se sirven de las expresiones de “danza del sol”, o de otras por el estilo, o creen con Scatizzi (1) que este es el milagro más evidente y más colosal que hasta ahora ha habido en el mundo. Pero ¿es posible pensar que Dios haya obrado en Fátima un milagro mayor que el eclipse del sol del Calvario? Líbrenos El de incurrir en tamaña exageración.

Es, pues, de creer que la verdadera explicación de tan extraordinario hecho ha de ser otra muy diferente de la que muchos tienen por evidente e inconcusa.

No apartemos los ojos de la celestial Reina y Madre allí aparecida y todo lo entenderemos y probaremos racional y debidamente y con mucho más provecho espiritual que empeñándonos en contemplarla en los astros.

En todo el curso de sus siete Apariciones de Fátima estuvo generalmente la Virgen con las manos juntas ante el pecho. Sólo cuatro veces separó sus manos y abrió los brazos, y las cuatro en lumínico desbordamiento de gracia de su Inmaculado Corazón.

En las tres primeras Apariciones abre sus brazos ante los pastorcitos y dirige hacia ellos el río de claridad, que su pecho alberga. Al verse engolfados en sus beldades, los tiernos videntes creen verse en Dios y latir al impulso de la vida sobrenatural de su gracia, y se ven en él, en expresión suya, mucho más claramente de como puede uno verse en el mejor de los espejos, y gozan de esta dicha —también según sus palabras—, mucho más que de la contemplación del rostro de la celestial Madre.

Efectivamente: ¿Qué es la gracia sino la participación de la naturaleza divina y comunicación de su sobrenatural vida al alma? ¿Qué será, pues, verse en gracia sino contemplarse en Dios y respirar en ambiente de su sobrenatural vitalidad?

Para que los humildes confidentes de la Virgen y todos los hombres entendamos dónde, después de Dios, tenemos el sobrehumano caudal de tan gran suerte, la Virgen tiene buen cuidado de extender sus brazos, según observa Lucía, en el preciso momento en que sus labios pronuncian las palabras *gracia divina, Corazón Inmaculado*, etc.

Precisa recordarlo aquí bien al detalle para localizar debidamente el caudal y manantío de tan gran bien. En la primera Aparición al decir: *la gracia de Dios os confortará*. En la segunda: *Mi Corazón Inmaculado será tu refugio y el camino que te conducirá*

a Dios. En la tercera al pedir oraciones y sacrificios por los que no viven de la *divina gracia*, mostrándoles al propio tiempo su paradero en el infierno: *Sacrificaos por los pecadores y decid a menudo, pero especialmente al practicar algún sacrificio: ¡Oh, Jesús, es por tu amor, por la conversión de los pecadores y en reparación de las ofensas hechas al Inmaculado Corazón de María!* Siempre, pues, al desbordar su Corazón, a través de brazos y manos, como fuente de Gracia, a favor de justos y pecadores; habla explícitamente de justos en las dos primeras Apariciones, y de pecadores en la tercera y en la séptima. Para las cuatro, pues, tiene el mismo expresivo ademán, en apertura de manos y brazos, aunque en la última con mayor derrame de luz, por razón del gentío, que delante tiene muy atento, *en forma de sol, porque en él hablaba Ella a toda la humanidad, que para toda ella es su Mensaje.*

Oigamos sus mismas palabras, dichas con muy dolorida faz: *Es necesario que se enmienden, que pidan perdón de sus pecados, que no ofendan más a nuestro Señor, que ya está muy ofendido;* es decir, al lamentarse amargamente de no poder proyectar aquel manantial *de gracia* de su Corazón en el de los incontables videntes de aquel día, para quienes, según su promesa de días anteriores, tenía reservado aquel milagro, en prueba de la verdad de sus Apariciones.

¿Por qué no puede hacerlo?

Bien claro lo dice: *Es preciso que se enmienden...*, porque no todos los allí presentes están *en gracia*. Había allí gente que, como el director del periódico "O Século", habían acudido a aquel lugar sólo para burlarse de las prácticas religiosas. Y ¡cuántos otros corazones, herméticamente cerrados a la gracia, tendría la divina Madre en su mente al pronunciar tan dolorido lamento a favor de todo el mundo!

En los corazones limpios de los allí presentes entraría indudablemente la gracia de aquel Pentecostés fatimista; mas no de modo visible, que en este mundo quiere su divino Hijo que el buen trigo y la cizaña vivan y crezcan juntos, y hasta externamente semejantes.

Pero el que nos ha enseñado esta doctrina, ordenada a que podamos vivir pacíficamente en sociedad unos y otros, también nos dice que su Padre envía el sol y la lluvia sobre el campo del justo y sobre el del pecador.

¿No podrá hacer ahora la Virgen algo semejante?

Proyectará, pues, en alto tan espléndida luz, pero no de cualquier manera, sino en forma de Sol, capaz de iluminar el mundo y de vivificar con sus gracias tanto el orden sobrenatural de las almas como el natural del quehacer diario, en cuanto pueda convenir para su debida orientación hacia Dios; y ese Sol, Corazón de Madre y manantial de gracia a favor del hombre, se abajará una y otra vez sobre la multitud, allí congregada, en actitud de bendecirla y atraerla a su amor; y girará sobre sí mismo en expresión de deseos de ser visto y contemplado en todos sus aspectos para que todos puedan ver que en él tienen su refugio y el camino que los ha de conducir a Dios, como Ella misma dijo a su confidente; y volverá a elevarse en las alturas en ademán de dominio universal sobre el mundo y su historia y de protección igualmente ilimitada sobre todos los que en él cifren su amor y su esperanza.

¿Es posible pensar en serio que un ser tan dueño de sus propios actos pueda ser un astro inerte? ¿Cómo conciliar la espontaneidad y libertad de sus movimientos con la inercia y el determinismo de todo ser material?

Muy cierto es que la Madre del Rey celestial tiene en sus manos todo poder sobre el universo, hasta para cambiar de órbita los astros en cuanto pudiera estar conforme con el divino beneplácito y que convenía mostrarlo al mundo en nuestros días, en que el progreso material y la malicia humana han puesto en manos de no pocos, poderosos medios nucleares de destrucción y exterminio. Pero para verificarlo no necesita mendigar sus luces al sol ni a ningún astro, —permítasenos la expresión en gracia de la claridad—. Incomparablemente más bellas y poderosas son las que alberga en su propio Corazón.

Se refiere de Lucía que, comparando un día la imagen de la Capelinha con la Señora por ella vista, exclamó: ¡qué parecida y qué diferente!: La Virgen era luz, luz, luz.

En todas sus Apariciones de Fátima derramó en torno suyo raudales de luz, disminuyendo o eclipsando gradualmente la del sol astronómico y dando nueva vitalidad lumínica a todo el paisaje visible; hasta en las de agosto y septiembre, en las que no desplegó sus brazos en río de claridad ante sus pastorcitos. Estos mismos afortunados videntes la llamaron *Señora más brillante que el sol* ya desde el primer día, en que tuvieron la suerte de gozar de su presencia. Y no olvidemos que estos fenómenos lumínicos externos iban en aumento en belleza y claridad a medida que las Apari-

ciones seguían su curso, como en gradual anuncio de lo que la Señora de Luz tenía reservado para su último descenso al valle de Iría.

Fátima había de ser, y efectivamente es, adecuada respuesta, no sólo a nuestra confianza en la Virgen, sino también a la amenaza de destrucción internacional y mundial. No puede negarse que sea esta muy grave, ni que esté pertrechada de muy potentes medios de destrucción. Tiene en sus manos la bomba atómica y la de hidrógeno, numerosos cohetes de alcance intercontinental, capacidad de aniquilar naciones enteras y hasta de acabar con todo resto de vida en el mundo por medio de la energía nuclear de tipo solar o astronómico, etc. Y está hoy seguramente en manos de muchas naciones, digan lo que sea...

Luego la celestial Madre, al abajarse hacia sus hijos para protegerlos contra tan graves peligros, ha de hacerlo de modo que todos podamos ver su poder muy superior y en abierta oposición a las fuerzas del averno. Por esto en todas sus Apariciones se anunciará con el estallido y las claridades del relámpago; su presencia, lejos de aniquilar, dará nueva vida y policromada belleza al paisaje y a todos los circunstantes; éstos gozarán lo indecible viendo descender sobre la tierra, no balas incendiarias, sino toda una lluvia de rosas, o de copos de nieve y hasta un globo luminoso, no mortífero, sino dulcemente atractivo, atravesando el espacio y posándose pacíficamente en medio de la multitud sobre un humilde arbusto, todo en una atmósfera de aire puro y refrigerante, por haber templado y disminuido convenientemente Ella la luz y la energía nuclear del astro rey, que también tiene a su servicio y al de sus hijos y que en la última de sus Apariciones eclipsará sobre Fátima y su horizonte visible para sustituirlo por el Sol y la gracia de orden sobrenatural de su Corazón materno, mientras allí Ella estuvo.

Recordemos el proceso escendente de esos fenómenos y que ya en el mes anterior casi llegó a eclipsarlo, pues se vieron estrellas en el firmamento.

Tan gran poder suyo está a nuestra disposición, con tal que sigamos sus consignas y las de su ángel precursor, creyendo por los que no creen, amando al Señor por los que le odian, adorándole por los que le desprecian, reparando sus agravios y los del Inmaculado Corazón de su Madre, etc.

J.C. Castelbranco refiere en el prólogo de su libro "Le prodige inouï de Fátima" que algunos testigos del prodigio solar de octubre de 1917 al ver, años más tarde, las fotos de la explosión de la

bomba de hidrógeno norteamericana, exclamaron sin poder contener la emoción: “pero si es el Sol del valle de Iría...” La divina Madre al ofrecernos en Fátima su sagrado Corazón como fuente de gracia y refugio seguro contra los dardos del averno, se comportó también como dueña del universo y de todos sus arcanos e insondables energías, en promesa de protección sobre quienes en Ella confían.

¿Qué ha de poder la incredulidad contra tan gran soberanía?

Para acomodarla mejor a nuestra débil mente, nuestra celestial Madre y Maestra nos la fue mostrando gradualmente en la nava de Iría, cada vez a mayor escala, a través de sus Apariciones, hasta coronarlas todas con la grandiosidad y belleza sobrehumanas del milagro del Sol, en respuesta cada vez más sorprendente y superdominante al progreso humano en el estudio de la fuerza nuclear y en sus posibles aplicaciones subversivas en la línea del mal. Fátima es una explosión, dice Claudel. La Virgen tiene también su bomba H, si se permite la expresión, para transformar la humanidad y elevarla a Cristo. Su reverso es de esperanza y seguridad absolutas, mientras en el anverso vea el cumplimiento de su maternal Mensaje. Pero el menosprecio de éste es también renuncia a la seguridad del reverso y muy grave responsabilidad ante Dios y también ante los hombres en todo el mundo.

Así es Fátima cada vez con más claridad en todas y cada una de sus Apariciones.

El hombre contempla todos los días los más bellos y variados cambiantes de la aurora en los precisos momentos inmediatamente anteriores al amanecer del sol material. También en Fátima la celeste Visión en su penúltimo coloquio con los niños videntes, anterior al del amanecer del Sol de su Inmaculado Corazón quiso darles a ellos y a todos los circunstantes en el mes de septiembre un esbozo y anuncio más claro y expresivo que en los meses anteriores del prodigioso Sol cordimariano, que para octubre les tenía reservado, que naturalmente había de resultar más luminoso y más cordimariano que su aurora, o que todos sus anteriores y luminosos anuncios.

Recordamos la reacción popular del de septiembre.

¡Ya la veo!..., exclama Lucía a 13 de septiembre. ¡Ahí está!...

Casi al mismo tiempo millares de brazos y de voces se elevan hacia lo alto aclamando a la Virgen que, a lo que todos creen, viene en la luz globosa, que lentamente se desliza en el aire de

oriente a poniente. Su luz es intensísima; pero no hiere las pupilas, antes atrae todas las miradas en dulce placidez, como en suave anuncio y anticipo del Sol del próximo mes.

¡Mirad!... ¡Allí!... ¡Allí!... ¡Qué hermoso!... ¡Qué lindo!... se oye a derecha e izquierda.

Con toda claridad, observaba Monseñor Quaresma, más tarde Vicario General de Leiría, vi avanzar de Oriente a Poniente hasta posarse en la verde encina, pedestal de la Virgen, un globo luminoso. A los pastores les fue dado contemplarla a Ella, a nosotros ver el vehículo, si así puede hablarse, que la ha transportado del cielo a la inhóspita sierra del Aire.

En septiembre la celeste Visión encubre ante el público sus beldades en traslúcida nube, que al mismo tiempo da bien a entender qué sería aquella claridad, si se rasgara el velo que de momento la oculta a los ojos del numeroso gentío allí reunido, como a la faz del mundo se rasgará en el siguiente mes.

En octubre, en cambio, si bien nos fijamos en el nuevo Sol allí amanecido, sin velos ni nubes que lo oculten a los ojos de nadie, podrá apreciarse hasta en sus mínimos detalles —no sólo en sus cualidades y en las divergencias del sol astronómico—, su origen cordimariano de modo total y absoluto.

Así, por ejemplo, el ilustre Catedrático de Coimbra, Dr. Almeida Garret, en carta al Dr. Formigao dice hablando del sobrenatural astro, que parecía una rueda bruñida, cortada en el nácar de una perla, que era un astro vivo, dueño de sus propios movimientos, que se veía coronado con una bella circunferencia de bordes en arista., que a los Sacerdotes, y no a él, corresponde explicar tan bello y raro suceso.

Tiene razón el sabio, Catedrático. Y lo bonito es que se lo podemos aclarar todo con muy breves palabras, a todos claras y evidentes. He aquí nuestra interpretación: Se comprende que Dios haga milagros para coronar y embellecer y mostrar lleno de sobrehumana vitalidad y amor al hombre el Corazón de la que El mismo, muriendo en Cruz, nos dio por Madre. Pero ¿se le ocurrirá a alguien pensar que va a hacer tales milagros para embellecer o coronar astros materiales e inertes?

Sigamos leyendo la interesante carta del Dr. Almeida Garret: “Había en la bóveda celeste ligeros cirros de azul aquí y allá...; las nubes, que corrían ligeras de poniente a oriente no empañaban la luz del sol, dando la impresión de que pasaban por detrás”.

Lo mismo observó el diario "O Día": "El Sol plateado se vio rodar i girar en torno de las nubes desviadas", en clara prueba, añadiríamos nosotros, de que estaba en la región atmosférica, pero de ningún modo en el firmamento.

¿Cuándo y desde dónde ha podido apreciarse semejante fenómeno dado por el sol astronómico? ¿Es acaso posible que las nubes pasen, ni que parezcan a nuestra vista pasar, por detrás o por encima del sol? ¿Va a hacer Dios milagros para empuqueñecerlo de modo que pueda subir y bajar hasta nosotros entre nubes?

Astro que con tales características brilla, por fuerza ha de estar mucho más cerca de nosotros que el sol de otros días, tanto en su órbita como en su amor.

Esta atinada observación del Dr. Almeida Garret y del diario lisbotense "O Dia" trae a la memoria otra clara analogía entre la penúltima Aparición, y con ella otra prueba de que si aquella para nada necesitó de la luz del sol astronómico, tampoco la necesitó ésta, antes lo que quiso hacer, y lo que efectivamente hizo, fue eclipsarla en todo el horizonte por tan nuevo y cordimariano fenómeno solar.

Pues bien, a 13 de septiembre todos los presentes en la vertiente de Iría ante sus maravillados ojos vieron caer unos pétalos blancos, una especie de copos de nieve redondos y brillantes, algunos en forma de estrellitas que descendían muy lentamente hacia el suelo dentro de un *formidable chorro de luz preternatural*, en otro bello anuncio del Sol del siguiente mes, que también será lluvia de gracias sobre el mundo, en todavía mayor derrame de sobrenatural claridad, a estilo de Sol de Gracia, procedente del Corazón de María.

Pero la semejanza, que en esto puede apreciarse entre una y otra de las dos Apariciones, se refiere también al lugar relativamente cercano a la tierra, en que entrambas tuvieron que realizarse. Respecto a la de septiembre nos parece digna de atención esta observación del Sr. Párroco de Fátima: "A 13 de septiembre, hacia las tres de la tarde, vino a mi casa el Rdo. Antonio de Figueiredo, ilustre Profesor del Seminario de Santarem, para declarar que había visto estrellas, parecidas a copos de nieve y a flores, en una región infraestelar".

Muy en su lugar estuvo esta declaración del Profesor del Seminario para enseñarnos que relativamente cerca de la tierra, y no en los astros, aunque otra cosa pueda parecer a la vista, hay que

buscar la concreción de hechos tan sobrenaturalmente ordenados a nuestro bien.

Es de notar, además, que estos fenómenos lumínicos y milagrosos, al parecer hermanos, se hermanaron también en hechos posteriores a 1917; es decir, se repitieron en diferentes ocasiones ante el público y hasta ante sus supremas autoridades eclesiásticas, en reiterado aviso del cielo de que urge desentrañar sus sobrenaturales lecciones del amor de María al hombre, de la necesidad de nuestra correspondencia, y de muy graves castigos de Dios, que pudieran caer sobre el mundo, en caso de incumplimiento de su maternal Mensaje. ¿Habría sido necesaria esta reiteración si se hubiese tratado de cualquier documento de orden astronómico o atmosférico, o aunque hubiese sido de orden sobrenatural, pero de menor importancia que el del amor a María o el de Ella a nuestras almas, o de los graves males que nuestra ingratitud acarrear pudiera?

Gozaron más tarde de esta sobrenatural lluvia de flores o estrellas lumínicas los peregrinos de 13 de mayo de 1918 y de 1924; en este último año en presencia de la suprema autoridad eclesiástica local, o del Sr. Obispo de Leiría, Monseñor José Alves Correia.

Si hermanadas pueden parecer estas dos últimas Apariciones de la Virgen, huelga decir que la hermana mayor es la de octubre. El cielo le ha dado más destacada visibilidad en todo, hasta en el hecho de su sistemática repetición, por lo que afecta al prodigioso Sol, con que terminó.

A 13 de diciembre de 1953 lo contemplaron durante 25 minutos todas las Religiosas Franciscanas del Convento de Santa Verónica en Città di Castello (Italia). El Sr. Obispo, Dr. Cipriani, ordenó hacer una investigación, por la que fueron interrogadas y examinadas minuciosamente una a una en sus respuestas las veinticuatro Monjas que formaban la Comunidad, a las que se exigió una información por escrito del singular fenómeno, que todas dieron por separado, cada una según sus impresiones personales.

A preguntas de algunos periodistas sobre el particular el Prelado se limitó a responder que para él el relato de las Religiosas era totalmente objetivo y digno de fe.

Varios periódicos se hicieron eco de haberlo visto otras personas en 1959, con ocasión de la renovación de la consagración de Portugal al Inmaculado Corazón de María.

Por la misma prensa de la nación vecina se divulgó que a 17 de

mayo de 1960 millares de personas pudieron contemplarlo de nuevo en Almada durante la inauguración del monumento a Cristo Rey.

Pero la más destacada y más universalmente conocida Visión de la repetición de este prodigio fatimista, lejos de Fátima, es indudablemente la de Pío XII, que a raíz de la definición del dogma de la Asunción la contempló gozoso nada menos que por cuatro veces desde los jardines del Vaticano, según pública declaración del Cardenal Tedeschini, hecha en Fátima ante cerca de un millón de personas en octubre de 1951, con ocasión de la clausura del año jubilar.

Sea el que se quiera el motivo de tanta repetición del sobrenatural fenómeno, es fácil ver que el mismo hecho de su múltiple reiteración prueba con sobrada evidencia que, fuera de su simbolismo cordimariano-solar a escala mundial, que es lo verdaderamente importante, nada tiene que ver con el sol material, ni con ningún astro; o que el prodigioso Sol amanecido en Fátima a 13 de octubre de 1917, si ha de proceder en coherencia con todo lo allí revelado por la celestial Madre y con todos los múltiples y variados fenómenos luminosos en que enmarcó todas sus Revelaciones de aquel lugar, no puede tener otro origen que su mismo Inmaculado Corazón y el manantial de divina gracia, con que ha de iluminar al hombre, cual nuevo Sol de las almas, del Mundo y de su porvenir.

¿A quién se le puede ocurrir pensar que Dios repetidas veces va a descentrar, ni a desorbitar astros sólo para complacer a unas pocas almas, por santas y grandes que ante él puedan ser? Es fácil comprender, en cambio, que quiera manifestarnos a todos cómo el Corazón de su Madre ha de triunfar en el Mundo, a estilo y escala de nuevo Sol de la humanidad y que nos lo muestre por la simple presentación pública del mismo Inmaculado Corazón o de la Gracia, que de él procedió visiblemente en forma de Sol a 13 de octubre de 1917.

Este modo de ver también podría explicarnos porqué hasta por cuatro veces consecutivas se había de aparecer de tan extraordinaria manera a Pío XII. ¿No destaca la historia en él cuatro grandes gestas cordimarianas, muy dignas de premio? ¿No parece connatural que Dios quiera premiarlas al Papa de Fátima a modo fatimista?

El estableció la fiesta del Inmaculado Corazón de María en toda la Iglesia.

También la de María Reina; y como a Reina del Mundo la coronó en Fátima por el Cardenal Legado, mandando al mismo tiempo que todos los años, con ocasión de esta nueva fiesta litúrgica, se renovara en todas partes la consagración del Mundo al Inmaculado Corazón.

En tercer lugar consagró el mundo, con mención especial de Rusia, al mismo Corazón de Reina y Madre, secundando también en esto sus maternales deseos.

Por fin declaró dogma de fe su Asunción al cielo en cuerpo y alma, con que probó ante la Iglesia y ante el mundo que hasta corporalmente su Corazón materno late en el empíreo a impulsos de nuestro amor. Por lo demás, al establecer la fiesta del Corazón de María en la entonces octava de la Asunción, observaba que entre todos los dogmas, el de la Asunción es el que más y mejor destaca el cúmulo de gracias y prerrogativas y el encendido amor a Dios y al hombre de su Corazón materno en el preciso momento de fin de su vida meritoria y de recepción de su incomparable corona de gloria en la eterna. ¡Nueva y cuádruple insistencia del cielo en manifestar ante la Iglesia y ante el mundo qué es y qué refleja el Sol de Fátima!

Mirad el Sol, nos dijo un día María por medio de su confidente.

Miremos y examinemos con amor y detención tan bello Sol, y no veremos en él ningún astro, ni cosa parecida, sino un Corazón de Madre que, cual nuevo Sol del Mundo, quiere derramar sus gracias sobre todas las almas para iluminarlas y vivificarlas a todas con las luces de la divina gracia, de que para todas, después de Dios, es primera fuente y claro manantial su propio y santo Corazón.

Pero si la humanidad se empeña en desdeñar los avisos del cielo y en proseguir su destino por sendas de impiedad, mucho tiene que temer la mano del Omnipotente. Dos guerras mundiales, castigos de Dios, en expresión de la celestial Madre en Fátima, son trompetas apocalípticas, cuyo sonido llega a todos los ámbitos del planeta, de modo bien perceptible para toda mente reflexiva. Y ¿no lo es, también en expresión suya, nuestra guerra civil de 1936 a 1939?

Sobrada razón tienen en temerlo y expresarlo públicamente Mrs. Fulton Sheen en conferencia televisada desde Estados Unidos, y el P. Castelbranco, O.P., desde el prólogo de su libro "Le prodige

inouï de Fatima”, difundido por todas partes desde Fátima y desde Bruselas, etc.; por el llamado Ejército Azul de la Virgen de Fátima.

Dios va en busca de un mundo mejor que el actual, en gran parte alejado sistemáticamente de sus enseñanzas. Y ha de alcanzarlo por vía de premio, o de castigo, según nuestras preferencias. Por esto Fátima emplea en sus Revelaciones el doble lenguaje de grandes premios y de grandes castigos, aunque siempre, si bien nos fijamos, puede destacarse el primero en forma absoluta y el segundo en expresión condicional: *Rusia se convertirá... Mi Corazón Inmaculado, por fin, triunfará... Si, empero, siguen ofendiendo a Dios... No puedo decírtelo*, (si la primera guerra mundial había de terminar pronto o más tarde) *hasta que te haya dicho también qué es lo que yo quiero*, etc.

Hay, pues, que decidirse: o el Mensaje, o el castigo del cielo. Uno y otro están en manos de la sociedad de nuestros días.

Tengamos, empero, muy presente que si para salvarla necesita el Señor empezar poniendo remedio a sus males, puede conseguirlo por doble vía: Por la reacción espontánea del doliente a impulso del oportuno medicamento, o por la intervención quirúrgica del castigo, que corte y saje lo que precise. El buen médico sólo acude al segundo procedimiento cuando ha perdido la esperanza de obtener salud por medio del primero.

Si, pues, el mundo reacciona espontáneamente contra sus propios males evitará indudablemente el castigo del cielo. De lo contrario es de suponer que de un modo u otro tendrá que soportar el peso de la divina justicia.

Para evitarlo la divina Madre ha bajado repetidas veces a Fátima y a otras localidades terrestres, y ha dejado en nuestras manos el remedio de nuestra espiritual dolencia: penitencia por nuestros pecados y por los de nuestros coetáneos, reparación de los Primeros Sábados, consagración al Immaculado Corazón, etc.

Los Sumos Pontífices de nuestros días, como representantes de Dios ante el mundo y del mundo ante Dios, han recibido con agradecimiento la sobrenatural receta y por su parte se han apresurado a aplicarla al cuerpo social.

Recordemos las palabras del actual Supremo Jerarca de la Iglesia en la clausura de la tercera sesión conciliar: *“Nuestros ojos se abren a los ilimitados horizontes del mundo entero, objeto de la más viva atención del Concilio Ecuménico, y por nuestro predece-*